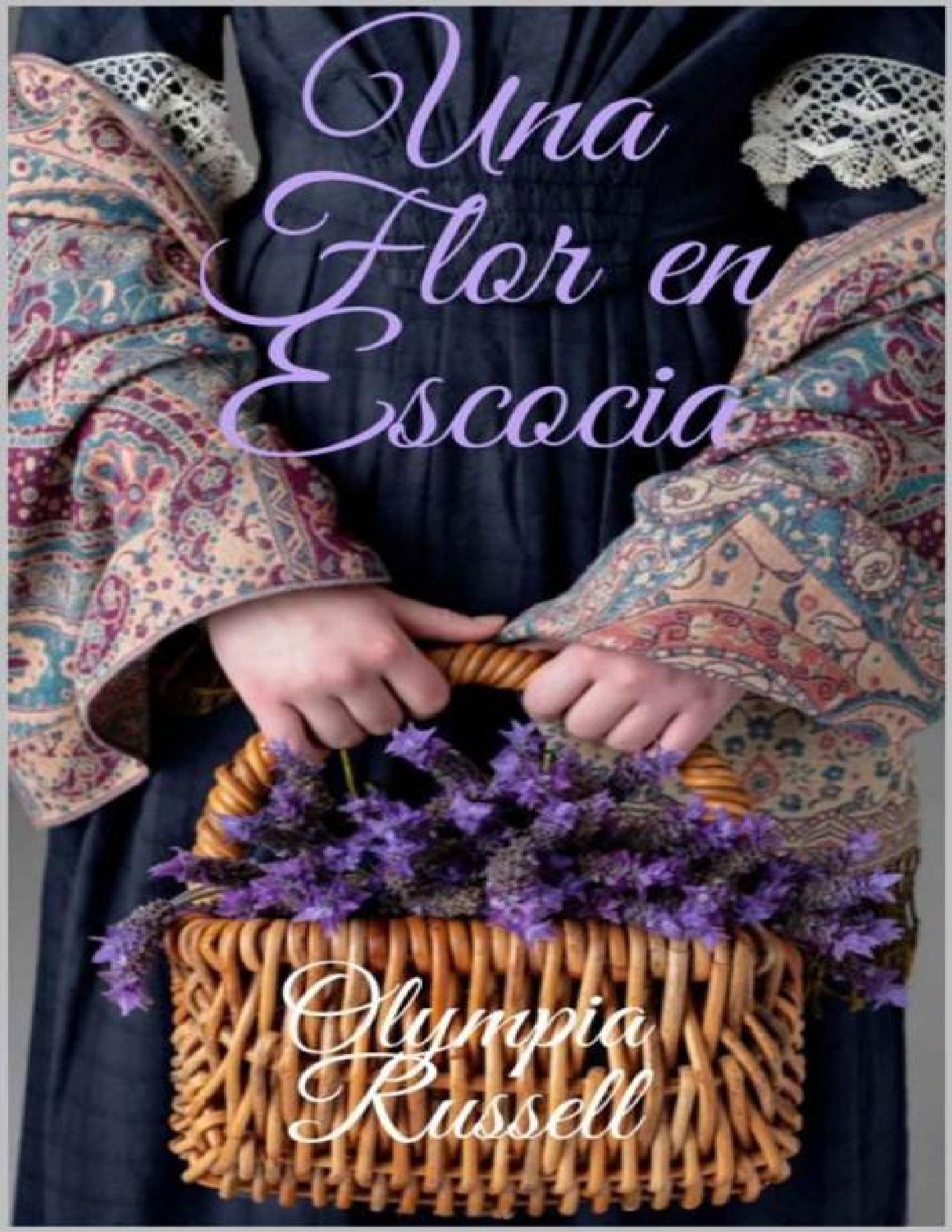


A person wearing a dark blue dress with white lace sleeves and a colorful paisley shawl is holding a wicker basket filled with purple flowers. The title "Una Flor en Escocia" is written in a purple cursive font across the top of the image.

Una Flor en Escocia

Olympia Russell

UNA FLOR EN ESCOCIA

© Una flor en Escocia.

© Olympia Russell. M. Jiménez 2024

© Fotografía de la portada: Kathy Servian: www.servianstockimages.com

Todos los derechos reservados.

Queda totalmente prohibida la reproducción total o parcial de este libro de cualquier forma o por cualquier medio sin permiso escrito de la propietaria del copyright.

Capítulo 1

“Estimada Lady MacKenzie, agradezco enormemente su ofrecimiento de darme alojamiento durante un mes en su palacio de Inverness.

Tengo intención de llegar el 12 del presente mes de agosto. No puedo asegurarle la hora exacta de llegada, ya que el cochero se niega a dármele, pero yo he calculado que será entre las 19:00 y las 19:30.

Ardo en deseos de conocerla y también de empezar con la labor que me lleva a sus tierras.

Atentamente suya:

Fiona Kerr”

Fiona dobló pulcramente la hoja de delicado papel sepia, después calentó cera en la llama de la vela que había utilizado para alumbrarse mientras escribía, la dejó caer derretida sobre los bordes donde el filo de las hojas se superponían y, antes de que se enfriara de nuevo, aplicó encima de la cera el sello con el que cerraba todas sus misivas, símbolo del propósito de su vida: el dibujo de un ramillete delicado de flores de brezo.

Satisfecha, salió a la calle rumbo a la oficina postal: la mayor aventura de su vida estaba a punto de comenzar.

Capítulo 2

Escocia, un lugar perdido de las Highlands, ¿19 de agosto? ¿entre las 16:00 y las 20:00 horas?

La última carta que Fiona Kerr le había mandado a lady Mckenzie contenía algunas imprecisiones. Fiona no mentía nunca, pero en aras de mantener la buena educación, había edulcorado algunas partes de ella.

En sí, lady Mckenzie no le había ofrecido nada, había sido ella quien se había puesto en contacto con la vieja dama (otra imprecisión: no sabía si era vieja o no, pero así era cómo la imaginaba) para alquilar una habitación en su palacio en las afueras de Inverness. Llevaba dos años soñando con pasar una temporada en las tierras altas de Escocia, pero no terminaba de dar el paso, porque no quería alojarse en cualquier sitio.

Ella era una joven respetable y, por tanto, necesitaba sentirse segura. En Inverness había muchos alojamientos, pero ninguno le daba las garantías que necesitaba: que le permitiera llevar a cabo la labor que le llevaba a Escocia y que su bienestar y honorabilidad estuvieran asegurados.

Pero finalmente, dos años después de iniciar su búsqueda leyendo todas las semanas los anuncios del periódico más prestigioso de Escocia, el **Edinburgh Evening Courant**, había encontrado un anuncio que cumplía todas las condiciones que ella ponía de antemano: estaba al lado de una gran ciudad, Inverness, pero en las afueras, de forma que podía acceder a zonas campestres sin alejarse de la civilización. Y estaba gestionado por toda una dama , Lady Orla Mckenzie, miembro de una de las familias más respetadas de las tierras altas.

O eso le había dicho la mujer cuando ella le había preguntado en las siguientes misivas que le había mandado.

Y ella no tenía por qué no creerle.

Así que en su última carta, justo antes de partir hacia las tierras altas, había querido dejar caer que la invitación provenía de Lady Mckenzie por simple cortesía, pero en realidad lo que había habido entre ambas mujeres era una simple transacción comercial: un mes de alquiler de una de las habitaciones del palacio de lady Mckenzie, que, además, para que todo fuera más adecuado.

En donde no había ni gota de exageración era en dos informaciones que contenía la carta: Fiona se dirigía a cumplir la misión más importante de su vida y el día y hora de llegada habían sido escrupulosamente calculadas utilizando el método científico en el que ella creía.

Catorce días después de enviar aquella carta, en un descampado alejado decenas de millas de cualquier vestigio de civilización, con la lluvia cayendo persistente de manera horizontal, empapando la capa que le cubría entera, pero también el rostro, y con el sonido del carruaje privado que le había llevado hasta allí alejándose de ella, ambas determinaciones se tambalearon.

El método científico le había fallado estrepitosamente: había tardado en llegar el doble de días de lo calculado. Y en su cabeza una pregunta angustiosa se repetía machaconamente: ¿Qué hago yo aquí? ¿Qué hago yo aquí?

Capítulo 3

Fiona sabía perfectamente qué hacía allí: perseguir el sueño de toda una vida. Pero las cosas habían salido tan rematadamente mal, de manera tan diferente a cómo las había imaginado que, de repente, toda su vida se estaba tambaleando.

Fiona era la hija única de un boticario de un pueblo cercano a Londres: Towerhill. Su madre había fallecido durante su parto y no tenía más hermanos. Aunque el inicio de su vida había sido terrible, no había tenido una mala vida.

Al contrario, podía decirse que su vida había sido extremadamente feliz.

Hasta ese momento.

Fergus Kerr, su padre, era la segunda generación de boticarios que ejercían en aquel pueblito. Su abuelo, Angus Kerr, había llegado de las tierras altas escocesas cincuenta años atrás con una maleta llena de ilusiones y algunas plantas de su país.

Él había sido el primero en establecer la botica, pero su hijo la había ido mejorando con sus prácticas.

Fergus, el padre de Fiona, era un auténtico científico. Al conocimiento de las plantas, heredado de su padre, le había añadido el conocimiento de la química, una disciplina nueva, pero con una enorme potencial para curar enfermedades.

Y Fiona había sido la alumna eficiente de su padre.

Desde niña había compartido espacio con su padre en el laboratorio que tenían en la trastienda de la botica, en el que llevaban a cabo los experimentos con plantas y con sustancias químicas, para conseguir remedios cada vez mejores para las enfermedades.

Había sido la pasión de Fergus y esta había pasado a Fiona con la misma intensidad.

No, con la misma intensidad, no, con más.

Porque Fergus había sacado tiempo al menos para casarse y tener una hija, pero Fiona no quería quitarle ni un segundo de atención a lo que le apasionaba.

Desde que se levantaba hasta que apoyaba la cabeza en la almohada para dormir, sus manos y su mente solo tenían una cosa que las ocupaba: sus experimentos.

Por eso, a sus 27 años, ni se había casado ni pensaba hacerlo.

Y era feliz, muy feliz, a pesar de que la muerte de su padre, dos años atrás, le había dejado sola.

Fergus y Fiona no habían estado jamás en Escocia y la única relación con el país de sus antepasados eran sus nombres y apellido, y también una información que había pasado de padres a hijos.

La información solo decía: “hay una flor en Escocia”.

Había sido Angus quien se la había repetido machaconamente a su hijo Fergus, y este, a Fiona.

Era bien sabido por cualquiera que conociera algo de botánica, que la flor de brezo se utilizaba para curar estados inflamados del cuerpo, como afecciones urinarias, y también para curar heridas. La botica de Angus, Fergus y Fiona siempre contaba con flores de brezo secas, para tomar en infusión, pero también para hacer tónicos y pomadas para aplicar en las heridas. Eran buenos remedios, pero el abuelo Angus siempre había repetido que no lo suficiente.

No como el remedio que él había utilizado en Escocia.

Angus siempre decía que la flor de brezo en Escocia era diferente, y que los remedios hechos con ella, también lo eran.

Mejores, mucho mejores.

Fergus, que era mucho más científico que su padre, siempre había tomado aquella afirmación con cautela, si no, con claro escepticismo. Si la flor era la misma, la flor de brezo, el remedio creado con ella también lo debía ser. Seguramente su padre, pensaba Fergus, idealizaba el remedio, como idealizaba su país de origen, al que, por cierto, nunca más pudo volver.

En cualquier caso, a pesar de su escepticismo, Fergus le transmitió a su hija la idea de su padre.

Y Fiona decidió tomarla en serio.

Hay quien hereda dinero de sus padres, o propiedades, o joyas, pues bien, Fiona heredó una obsesión: la de su abuelo por “aquella flor en Escocia”.

Lo cierto era que ella era tan científica, o más, que su padre, pero no tan escéptica. De hecho, pensaba que desde la ciencia también se podía explicar el fenómeno que había señalado su abuelo. Las especies de plantas no eran siempre idénticas, ella había observado variaciones entre especies iguales, pero recogidas en puntos diferentes, por ejemplo, en Inglaterra y Francia. No era descabellado y, sobre todo, no era anticientífico, pensar que podía ocurrir lo mismo con el brezo de Inglaterra y el brezo de Escocia. Y las pequeñas diferencias podían esconder grandes cambios en el efecto medicinal. ¿Por qué no?

Así que Fiona creció convencida de que su abuelo, al que no conoció, podía tener razón. Y de que ella algún día volvería a las tierras de sus antepasados y comprobaría in situ la verdad o falsedad de su obsesión.

Había tenido que esperar muchos años para aquello, en concreto, hasta sus veintisiete años, pero una vez que había visto claro que podía hacerlo, se metió de lleno en la preparación de la aventura de su vida.

En el peor de los casos, volvería con un fracaso respecto al poder curativo del brezo escocés, pero con una experiencia enriquecedora seguro. Y, con un poco de suerte, con alguna planta nueva para experimentar e incorporar a su botica.

Eso sí, no había querido correr ningún riesgo añadido, por eso había tardado casi dos años en organizarlo todo. Por eso había rechazado cientos de alojamientos posibles, por eso se había decantado finalmente por el de una mujer respetable en un lugar idóneo.

Luego, solo había tenido que alquilar un carruaje cómodo guiado por un cochero experto y bien educado y calculado día y hora de llegada.

Todo ajustado al milímetro con el método científico.

Y todo saliendo, finalmente, al revés y mal.

Rematadamente mal.

Capítulo 4

El carruaje no había sido cómodo. O el problema había sido el camino: mal señalizado, lleno de baches, charcos y hasta piedras del tamaño del mismo carruaje.

En cualquier caso, por una razón u otra, o por la combinación de ambas, el viaje había sido infernal.

En un bache del tamaño de la entrada del infierno, habían perdido una rueda, eso les había hecho retrasar el viaje un par de días, con sus consiguientes noches en una posada de mala muerte en la que había tenido que dormir en el suelo, ya que la ropa de cama llevaba mil años sin ser lavada y no se fiaba.

Luego, dos días después de iniciar el viaje, les habían atracado, el cochero había repelido el ataque, pero luego había quedado tan afectado, que había necesitado tomarse un refrigerio en una taberna cercana.

Porque el cochero tampoco había resultado como lo esperado y no había sido ni profesional ni educado.

De hecho, había resultado un borrachín mal hablado que le había hecho el viaje más penoso aún. Y después del incidente del robo frustrado, se había cogido tal cogorza que había estado dos días prácticamente inconsciente.

Ella había tenido que dormir en la taberna infecta en la que el cochero había caído sin sentido, de nuevo en el suelo, pero esta vez con la compañía de cientos de chinches que le habían dejado el cuerpo lleno de picaduras.

Finalmente habían vuelto al camino y, tras varios días sin más incidentes que los continuos botes que pegaba el carruaje, Fiona había avistado un letrero que señalaba Inverness a

diez millas.

A pesar de que llovía de manera persistente y de que todo lo que le rodeaba era gris, debido a una niebla pegajosa que les rodeaba, por primera vez desde que había salido sintió alegría: estaba a punto de llegar a su destino, donde una dama encantadora, con un palacio encantador, le estaría esperando con una cama en condiciones, comida caliente y conversación agradable y educada.

Pero lo peor del viaje estaba por llegar.

Las diez millas se le hicieron eternas a Fiona y no le quedó ni una duda de que, o el camino había empeorado o estaban tardando más de lo previsto.

Un nuevo cartel vino a confirmar lo peor que podía ocurrir: este marcaba Inverness a 45 millas.

Se estaban alejando de Inverness, no acercando, y eso, teniendo en cuenta que entre un cartel y otro no habían visto ni un alma, ni un solo edificio. Ni siquiera un habitáculo para pastores

Estaban en medio de la nada.

Viajaban a través de una nada brumosa y lluviosa.

Un tiempo indefinido después, el carruaje paró, el cochero le abrió la puerta de malos modos y, en tono brusco, le dijo:

—Ya está.

Fiona, medio mareada, sin entender nada de lo que estaba ocurriendo, se bajó, para ser azotada inmediatamente por un viento y una lluvia intempestivos, que casi le echaron al suelo por lo inesperado.

En cuanto puso sus pies sobre el barro, porque eso fue lo que le recibió a sus pies, el cochero arreó a los caballos y la dejó allí, plantada y sola.

Pasado el primer momento de conmoción, Fiona se dio cuenta de que no estaba en medio de la nada exactamente: a su espalda se erguía un edificio inmenso y gris.

Un edificio lleno de musgo y maleza a su alrededor, y con aspecto de tener mil años y

no haber sido rehabilitado durante esos mil años.

Frente a ella , como un espejo gris plomizo, una gran extensión de agua.

Un lago.

Inquietante

Y en la zona cercana a la que estaba ella, de repente, un bulto asomando del lago.

Mientras el corazón comenzaba a galopar, presa del miedo, Fiona recordó otra historia heredada de su abuelo, la del lago Ness y el monstruo que vivía en él.

¿Estaba a orillas del lago Ness?

¿Estaba a punto de ser atacada por su terrible monstruo?

Capítulo 5

No estaba en el lago Ness, de hecho, lo que tenía delante era tan solo un estanque artificial, no demasiado grande, lleno de maleza y malas hierbas, pero un estanque creado por la mano del hombre.

Y lo que había visto surgiendo de aquel estanque era un ser vivo, sí, pero no precisamente un monstruo.

O no del tipo que ella había imaginado.

Capítulo 6

La lluvia seguía cayendo persistente y el viento seguía azotando, pero Fiona dejó de sentir el frío, la humedad y el desasosiego, para pasar a sentir algo difícil de describir. Una mezcla de asombro e incredulidad.

Había visto bien y algo estaba surgiendo de las aguas, pero no se trataba de una criatura monstruosa, sino de un ser humano.

En concreto, un hombre.

Uno grande y fuerte.

Con los músculos marcados como en las estatuas antiguas.

Con el agua chorreando por todo su cuerpo a medida que salía del estanque.

Y, sobre todo, un hombre desnudo.

Capítulo 7

Fiona había visto muchos hombres desnudos en sus veintisiete años de vida. Los había visto en reproducciones de estatuas, pintados en cuadros y, sobre todo, en las ilustraciones de los libros de medicina que obsesivamente leía para mejorar los remedios que creaba en su botica.

Conocía al dedillo los órganos interiores de un hombre: hígado, pulmones, corazón, órganos que no diferían, excepto en el tamaño, de los de las mujeres. Pero también sabía cómo era un cuerpo masculino en su exterior. Sabía cómo eran sus músculos, cuántos eran, cómo se marcaban bajo la piel.

Sabía cómo eran las nalgas de un hombre.

Sabía cómo era su sexo.

De hecho, esa parte la conocía muy bien ya que precisamente el remedio que le obsesionaba, el que se hacía con flor de brezo, era utilizado a menudo en los problemas urinarios.

Sí, había visto muchos testículos en su vida. Había visto muchos penes, algunos incluso en estado de excitación sexual.

Nada de eso le había impresionado jamás: era científica y era con esa mirada con la que se había enfrentado a esas imágenes.

Pero claro, su amplia experiencia en anatomía humana había sido siempre a través de representaciones.

Nunca, jamás, había visto un hombre desnudo al natural.

Hasta ese momento.

Hasta que había llegado al fin del mundo y aquel ejemplar de varón había surgido de las aguas ante ella.

En cualquier otro momento la situación habría sido impactante, pero justo en aquel momento y lugar estaba siendo paralizante.

Fiona no se podía mover del sitio en el que estaba.

Y, lo peor de todo, lo más turbador, era que no podía apartar su mirada del cuerpo de aquel hombre.

Aunque no había visto un hombre desnudo al natural en su vida, supo inmediatamente que el que tenía frente a ella era excepcional.

Las representaciones que ella conocía estaban idealizadas, la mayoría de los hombres, estaba segura, no tenían unos cuerpos tan perfectos como los que aparecían en las ilustraciones que ella conocía al dedillo.

Pero aquel hombre sí.

Era como las imágenes que ella conocía.

Era más impresionante aún.

Alto, muy alto, tenía los hombros anchos y la cintura estrecha. Sus brazos, fuertemente musculosos, parecían hechos para levantar grandes pesos.

O para salvar, llevando entre ellos, a doncellas en apuros.

Fiona no era fantasiosa y, mucho menos, romántica, así que aquel pensamiento intruso formó parte de todo lo incomprensible que le estaba ocurriendo desde el momento en el que el cochero había parado el carruaje. Lo apartó inmediatamente de su mente y siguió observando al hombre.

Tenía el cabello rubio oscuro, largo, ya que le llegaba hasta los hombros, y gotas de agua, de lluvia y del agua en la que había estado sumergido, goteaban de las puntas de su cabello sobre su cuerpo.

Fiona se fijó también en la musculatura de su torso. Y de sus piernas y de sus brazos. Los músculos estaban perfectamente marcados, empezó a pronunciar su nombre en su mente:

deltoides, pectoral, bíceps, abdominal, cuádriceps... Todos eran perfectamente distinguibles bajo su piel, que tenía un tono ligeramente tostado, como si hubiera pasado horas bajo el sol. Anatómicamente, aquel hombre era mejor que cualquier representación que hubiera visto nunca. Y entonces bajó la mirada.

No debería haberlo hecho, porque inmediatamente un calor casi sofocante surgió del interior de su cuerpo y se extendió por toda ella.

Bajo el aguacero, con la cara congelada, Fiona se sintió arder.

La curiosidad le había llevado a un terreno que no había podido controlar.

El pene del hombre... no iba a poder olvidarlo jamás. Siempre le había parecido un órgano feo, sin interés, pues bien, el de aquel hombre le interesó.

Primero le impresionó.

Por su tamaño.

Era grande.

Más de lo que ella hubiera imaginado que ese órgano pudiera ser, y eso que no estaba en estado de excitación.

Pero también era bonito.

Encajaba con su cuerpo grande y perfecto y —de nuevo un pensamiento intruso— encajaba en ella.

Este último pensamiento le hizo finalmente reaccionar y dio un paso hacia atrás, como para huír de lo que acababa de pensar.

Aunque, en realidad, lo hizo para no chocar con él.

Capítulo 8

Mientras Fiona había estado paralizada observando al hombre desnudo, él no se había mantenido como ella. De hecho, él no había parado de moverse en ningún momento.

De moverse hacia ella.

Como si su objetivo fuera acercarse a ella.

O arrollarla.

Porque eso era lo que había estado a punto de pasar.

Cuando el último pensamiento perturbador había aparecido en la mente de Fiona, el rubio estaba casi a su altura y seguía andando. Como si ella no estuviera allí.

Si Fiona no se hubiera apartado, se la habría llevado por delante, y ella habría terminado tirada en el barro.

Él no la había mirado en ningún momento, pero era imposible que no la hubiera visto.

Sin embargo, no reaccionó cuando ella se apartó.

Ni cuando rozó su hombro.

Porque lo rozó.

Fiona, tras el susto, se dio la vuelta para seguir su trayectoria y entonces vio hacia dónde se dirigía él.

Al parecer, ella se había parado justo en la trayectoria que llevaba directa a la entrada del castillo.

Porque el edificio que al principio le había parecido destartado era un castillo.

Enorme y fuerte, como el hombre.

Fiona aguantó la tentación de dirigir la mirada a la parte baja del cuerpo del hombre,

hacia el lugar donde estaban sus glúteos. Ya había tenido suficiente con la parte delantera.

Además, en ese momento, la puerta principal del castillo se abrió de par en par y , aunque no se vio a nadie, una voz femenina, cargada de autoridad, pronunció en alto:

—¡Hamish!

Capítulo 9

—Señorita Kerr, no sé cómo disculparme, me siento totalmente avergonzada.

La dama llevaba cinco minutos repitiendo esa frase o variaciones de ella, a pesar de que a los dos minutos, Fiona ya le había dicho que aceptaba sus disculpas. Pero la mujer era persistente y un poco pesada.

—Señora Mckenzie, de verdad, no se preocupe, me hago cargo y no le guardo ningún rencor. He entendido que se ha tratado de un malentendido y no de algo deliberado.

—Pero es que su proyecto...

Insistió la mujer, con voz y expresión afectada.

—Lo sacaré adelante, de verdad, seguro que en los alrededores de su castillo hay mucho brezo.

—Sí, lo hay, pero es que Hamish...

Y ahí estaba otra vez, aquel razonamiento circular que acaba siempre nombrando al tal Hamish. Al hombre desnudo.

Como durante los cinco minutos que llevaban repitiendo lo mismo, Fiona no había conseguido sacar a la mujeres de su apuro, esta vez decidió cambiar totalmente de tema.

—Me vendría bien calentarme un poco, cambiarme de ropa y adecentarse.

Y esta vez funcionó.

La mujer salió de su estado de culpabilidad machacona y dejó de mencionar todo el rato lo mismo.

—Señorita Kerr, tiene razón. Qué insensible soy. Venga conmigo que le voy a enseñar su habitación y voy a hacer que le preparen un té caliente.

—No es usted insensible, lady Mckenzie.

Dijo, con tono cansado Fiona, mientras se dejaba conducir escaleras arriba hacia la que iba a ser su habitación. La mujer, estaba claro, tenía una fuertísima inclinación a culparse por todo, pero, al menos, era amable.

Y, gracias al cielo, había dejado de mencionar al perturbador Hamish.

Capítulo 10

Veinte minutos después, Fiona, con ropa limpia y seca, el pelo bien recogido y el ánimo más calmado, sentada en la cómoda cama de la que iba a ser su habitación durante los siguientes treinta días, más calmada. O, mejor dicho, más resignada, hizo balance de lo que había ocurrido desde que había entrado en el castillo.

Nada más escuchar el grito femenino que había mencionado un nombre que hasta entonces jamás había escuchado, pero que ya no se le iba a olvidar nunca “Hamish”, una mujer alta, delgada y pelo blanco largo y suelto había aparecido a las puertas del castillo, justo en el momento en que el hombre desnudo subía el último escalón de entrada.

Las dos figuras se habían mantenido unos segundos hablando en lo que a Fiona, desde la distancia, le había parecido un intercambio tenso, hasta que el hombre desnudo había desaparecido en el interior.

Y entonces la mujer del pelo blanco había dado unos pasos hacia el exterior, dejando que la persistente lluvia le empezara a empapar, aunque, al igual que había ocurrido con el hombre, no pareció afectarle en absoluto, luego había levantado su brazo derecho y, tras agitar el brazo en forma de saludo y sacar una sonrisa amplia, había vuelto a gritar, pero esta vez algo que Fiona sí entendió perfectamente:

—¡Señorita Kerr, por el amor de Dios, venga, que se está empapando!

Como todo lo que había ocurrido desde que había puesto un pie en aquel lugar había sido tan perturbador y extraño, le costó un momento reaccionar a la primera cosa normal que le ocurría.

Pero enseguida lo entendió: aquella mujer debía ser Lady Mckenzie, la dama con la que

se había carteadado, por eso la había reconocido ¿quién si no podía saber quién era ella?!

Efectivamente, cuando subió las escalinatas de entrada que un momento antes habían pisado los pies desnudos del hombre, y entró en el zaguán del edificio, la mujer le confirmó lo que había supuesto: ella era lady Mckenzie y se encontraba en el lugar en el que había alquilado una habitación.

Tras los saludos de rigor, Fiona decidió enfrentar el problema en el que se encontraba y le mostró a la dama su disgusto: ella había alquilado una habitación en un palacio a las afueras de Inverness y aquel lugar no era un palacio y se encontraba lejos, muy lejos, de donde ella quería estar.

Y ahí fue cuando la mujer le dio una explicación que, si no era satisfactoria, sirvió para aplacar el enfado de Fiona. Y también para tranquilizarla.

Al parecer, las distancias no se medían igual en Londres que en Escocia. Para la dama en cuestión, veinte millas, que era la distancia entre el castillo e Inverness, era estar a las afueras.

Y respecto a llamar palacio a aquel edificio....

—Fiona, nuestros palacios son así: necesitamos muros fuertes y construcciones poderosas para aguantar nuestro clima.

La mujer había utilizado su nombre de pila y le había mirado con unos ojos verdes, grandes y encantadores, así que Fiona había decidido creerla y aceptar lo ocurrido como un malentendido entre personas de procedencia y costumbres diferentes.

—De acuerdo, entiendo que ha sido un malentendido, lady Mckenzie.

—Sí, efectivamente, ha sido un malentendido —corroboró la mujer inmediatamente, aliviada al ver que todo se iba reconduciendo —pero su proyecto... —Añadió la mujer volviendo a poner cara de preocupación.

—No se preocupe, Lady Mckenzie, seguro que en los alrededores de su “palacio” hay cantidad de brezo.

Le tranquilizó por primera vez Fiona, sin poder evitar remarcar la palabra palacio, ya que aún le costaba denominar así a aquel lugar que más parecía una fortaleza inexpugnable.

Y entonces la mujer había usado por primera vez su otro motivo de preocupación y autoflagelación:

—Pero es que Hamish... ¡cómo lo siento Fiona!

—¿Hamish?

—Sí, mi hijo.

—¿Su hijo?

—Sí, tiene la costumbre de nadar todos los días en el estanque, no sabía que venía usted...

Fiona dejó de escucharle. O sea que el hombre desnudo, el salvaje, era hijo de aquella encantadora mujer. ¿cómo podía ser aquello? No tenían nada que ver...Y tenía la costumbre de bañarse desnudo todos los días...

Al recordar lo que había visto, Fiona había vuelto a sentir un calor insoportable. Y necesitó cambiar de tema inmediatamente. Pero entonces la mujer volvió a sus disculpas por el malentendido de la distancia y el palacio, a la preocupación por su proyecto y a Hamish.

Finalmente, Fiona había conseguido cortar aquel lamento permanente. Esperaba que cuando volviera a reunirse con ella, en el comedor de la planta baja donde se iban a tomar un té caliente, la mujer ya hubiera olvidado todo.

Y, sobre todo, esperaba no volver a ver nunca más al tal Hamish.

Capítulo 11

Lo vio nada más entrar en el comedor.

Una criada muy agradable, llamada Penny, le había ido a buscar a su habitación con un discurso un poco incomprensible. Ya le había pasado con Lady Mckenzie, que utilizaba una variación del inglés difícil de entender a veces, pero la tal Penny parecía que hablaba en otro idioma, aunque finalmente logró descifrar que le llevaba al comedor donde le esperaba Lady Mckenzie. En cualquier caso, tenía una cara tan simpática que se le perdonaba su dicción endemoniada.

Ahora bien, en cuanto entró en el comedor, la sonrisa que la joven había conseguido sacarle se le quedó congelada.

Y no fue por el lugar, que también podría haber sido, ya que aquello parecía más una cueva inhóspita, con sus dos únicas y estrechas ventanas, enrejadas, sus paredes de piedra desnudas, sus velas humeantes desperdigadas por todo el lugar y una única mesa de madera desnuda en su centro.

No, lo que le produjo aquella reacción fue que en la estancia no solo estaba Lady McKenzie, con un aspecto más tenso que cuando la había despedido unos minutos antes, sino su hijo Hamish.

Esta vez estaba vestido, pero no por eso era menos impresionante.

Llevaba la vestimenta típica escocesa, con un Kilt en el que destacaban los colores rojo y verde, el pelo, suelto, ya estaba seco, y pudo apreciar que era más claro que lo que le había parecido en el exterior y, sobre todo, que el tono de rubio tenía destellos rojizos.

Pero lo que más le impresionó fueron sus ojos: grises como el acero y fijos en los de ella, con una expresión que helaba la sangre.

Capítulo 12

Fue solo un segundo, inmediatamente él dejó resbalar su mirada hacia su izquierda, levemente, de forma que sus ojos ya no entraban en contacto.

Ni lo volvieron a hacer la hora que compartieron juntos en el lugar.

A pesar de que el comedor no era el colmo de la distinción, una vez que Fiona se acostumbró a lo que estaba viendo, se dio cuenta de que no estaba tan mal. Las paredes de piedra estaban desnudas, sí, pero se trataba de unas piedras bien pulidas y lustradas, se notaba que se cuidaban.

En el suelo, de la misma piedra, había una enorme y mullida alfombra de pelo de oveja. Su aspecto podría considerarse un poco basto, alejado de las alfombras que llenaban los mejores palacios londinenses, pero en cuanto Fiona puso un pie sobre ella, se dio cuenta de que era especialmente mullida y agradable: como ir pisando nubes. Además, su pelo largo era seguramente mucho más adecuado para calentar estancias en el duro clima escocés.

La mesa, por otro lado, era de madera desnuda, además de las sillas, que tenían respaldo de cuero, pero se trataba de madera noble, bien pulida y cuidada.

No, no era un lugar desangelado, como había pensado al principio, sino un lugar decorado de manera típicamente escocesa.

Y pasado un minuto, ya no le parecía tan mal. De hecho, empezó a parecerle acogedor y cálido, gracias también a la gran chimenea que tenía el fuego encendido y en ese momento crepitaba con ganas y el té que le acababan de servir.

A pesar de las evidentes diferencias, en el fondo, todo empezaba a parecerse a una bienvenida como ella había imaginado.

Todo menos Hamish, el hijo de Lady McKenzie.

Incomprensiblemente, el hombre se había quedado a tomar el té con ellas. Y era incomprensible, porque no había interactuado en ningún momento ni con ella, ni con su madre.

Para empezar, Lady McKenzie ni siquiera se lo había presentado. Era cierto que le había hablado de él y le había dicho su nombre, pero no delante de él.

Lo normal hubiera sido que nada más entrar en la estancia se lo hubiera presentado, pero no. La dama le había recibido afectuosa y le había animado a sentarse a la mesa. Luego le había servido ella misma el té, intentando parecer lo más servicial posible y, finalmente, le había servido a su hijo. Había hecho todo aquello mirándola a ella encantadora y sonriente e ignorando a su hijo de manera ostensible.

Bueno, hubo un par de momentos en los que Lady McKenzie había mirado a su hijo. Y se había tratado de dos miradas perturbadoras. La primera vez, la mujer, que con ella estaba siendo delicada y encantadora, había mirado a su hijo fugazmente cuando ella, Fiona, había pedido un poco de azúcar. El azucarero estaba justo a mano de Hamish, pero él no se había dado por aludido. Por eso su madre había girado la cabeza hacia él y había hecho contacto con sus ojos.

Menos de un segundo, pero Fiona, que había seguido todo, se quedó helada.

Porque la mirada había sido más dura y congeladora que la que había recibido ella misma de Hamish al entrar.

Aquello le perturbó un poco a Fiona. Lady McKenzie se comportaba de manera encantadora, pero estaba claro que podía ser fiera, como era su hijo.

Aunque Fiona enseguida encontró una explicación: todas las madres eran firmes y duras cuando sus hijos necesitaban una reprimenda, y estaba claro que el tal Hamish la necesitaba, por maleducado.

Porque seguía sin dirigirle la mirada a ella, y sin abrir la boca.

Pero bueno, la mirada de la madre surtió efecto, porque él acercó su mano al azucarero para acercárselo a ella.

Pero lo que vino a continuación no vino más que a confirmar que se trataba de un salvaje sin educación, porque en vez de coger el azucarero con su mano y acercarlo, lo que hizo fue darle un empujón para que resbalara sobre la mesa hasta las manos de Fiona.

Un empujón demasiado fuerte que hizo que un poco de azúcar se derramara.

Y que hizo que el azucarero golpeará la mano de Fiona.

Muy levemente, sin causar daño, pero se había tratado de un gesto claramente inadecuado, si no directamente hostil.

Entonces vino la segunda mirada de lady Mckenzie a su hijo.

Primero dejó la taza de té sobre la mesa, en un gesto demasiado brusco, haciendo que el contacto del platillo del té sobre la mesa sonara demasiado fuerte.

Estaba enfadada. Pero su hijo no se alteró, simplemente levantó la mirada y la enfrentó a la de su madre.

Fue como si se estuvieran enfrentando a un duelo, él con su mirada distante y con un punto desafiante, ella, Lady Mckenzie, con los ojos echando fuego.

Y se mantuvieron así demasiado tiempo, de forma que Fiona empezó a sentirse incómoda y decidió que ya había tenido suficiente:

—Si me disculpan, voy a volver a mi habitación, estoy agotada por el viaje y necesito descansar.

Lady McKenzie volvió a comportarse como la mujer encantadora que ella había conocido nada más llegar, le dijo que, por supuesto, lo entendía y que haría que le subieran la cena a su habitación para que el descanso fuera más intenso aún:

—Y mañana será otro día.

Terminó la mujer, con el encanto que la caracterizaba y que hizo que Fiona olvidara la tensa escena que acababa de presenciar.

—Si, mañana será otro día —corroboró Fiona —me gustaría empezar con la recolección del brezo —añadió, para que quedara claro, también a aquel maleducado de Hamish, a qué había ido ella a aquel lugar.

—Claro, querida, seguro que saldrá un día perfecto para eso. Te esperaré aquí en el desayuno.

Y dicho esto, Fiona sonrió a la mujer, dijo buenas noches en alto sin mirar a Hamish y salió de la estancia.

Los últimos tramos de la escalera que llevaba a su habitación los hizo casi corriendo. Para una mujer que necesitaba que todo a su alrededor estuviera controlado, la experiencia no podía estar resultando más agotadora, pero ella también tenía la esperanza de que al día siguiente todo fuera diferente.

Capítulo 13

Durmió como un tronco, no sabía cuantas horas, pero sí que muchas más de lo habitual.

Al poner la cabeza sobre la almohada había caído dormida inmediatamente y cuando abrió los ojos, vio que ya era de día.

Fiona se estiró en la cama, que era mullida y cálida y empezó a planear el día que iba a tener por delante.

Bueno, en principio solo tenía un plan: recoger la mayor cantidad de brezo posible para empezar a analizarlo. Había traído un microscopio y varias sustancias y aparatos que le iban a permitir empezar con su investigación allí mismo. Pero, para empezar, necesitaba la materia prima, por eso lo primero que tenía que hacer era recoger las flores de brezo.

Ilusionada, abrió la ventana de su habitación y recibió un jarro de agua fría.

Literal.

Ya que seguía lloviendo a cántaros y al abrir la ventana, la lluvia, que en aquel lugar parecía caer siempre en horizontal, golpeó su cara.

—Voy a tener que posponerlo.

Dijo en alto para sí misma, en una mezcla entre disgustada y resignada, ya que con ese tiempo no iba a poder salir a recoger nada, para empezar porque, aparte de llover, todo estaba envuelto en una bruma que no permitía ver nada alrededor: ni aunque pasara ante el mayor arbusto de brezo del mundo, lo iba a ver.

Fiona decidió tomarse con calma las siguientes horas.

Iba a tener que bajar a desayunar, pero no tenía ni una prisa.

El día anterior ya había tenido bastante con la forma en que los escoceses recibían a sus

invitados. Era cierto que Lady McKenzie era encantadora con ella y no tenía nada que ver con su antipático hijo, pero la mirada que le había echado a él tampoco le había gustado mucho.

Las madres deben reprender a sus hijos, pero aquello había sido demasiado.

No terminaba de entender a aquella gente y prefería tener el menor contacto posible con ellos. Así que bajaría a desayunar, pero luego se inventaría una excusa para quedarse en su habitación todo el día.

Y rezaría para que al día siguiente hiciera bueno o, al menos, dejara de llover.

Capítulo 14

—Tonterías, Fiona, hace un día magnífico para recoger brezo.

Al principio había ido de maravilla. Cuando Fiona había bajado a desayunar, la mesa estaba llena de viandas deliciosas y una sonriente Lady McKenzie le esperaba ya sentada.

Y sola.

No había ni rastro de Hamish McKenzie, así que lo que más había temido se había diluido. Podría al menos desayunar con calma, y luego, tal y como había planeado, desaparecería en su habitación durante todo el día.

Pero cuando Fiona le contó sus planes a Lady McKenzie, ella tiró por tierra sus planes desde el inicio:

—¿Pero cómo voy a salir a coger brezo con este tiempo? —le contestó Fiona, perpleja.

—Querida, si los escoceses pospusiéramos nuestros planes cada vez que llueve, viviríamos aún en las cavernas.

—Bueno, en Londres también llueve, pero esto, esto... —dijo Fiona, en un intento de defender su posición y señalando una de las ventanas del lugar, donde en ese preciso momento, una rama agitada por el viento estaba haciendo un ruido infernal.

—Lo de Londres no es lluvia, querida, son pequeñas salpicaduras, lluvia es esto, lo que tenemos nosotros.

Y la luz de un relámpago y el sonido de un trueno vinieron a confirmar lo que la mujer quería decir.

Fiona, sin palabras ya, solo pudo escuchar lo que la mujer quería seguir diciéndole:

—Querida, si esperas al tiempo que para ti es adecuado, te marcharás de aquí dentro de un mes sin una sola flor de brezo. Créeme, no es para tanto.

Esta vez había utilizado un argumento más convincente y le había hablado con su inicial suavidad, pero, aún así, Fiona seguía sin verlo claro.

—Entiendo, sí, pero el problema es que no se ve más allá de medio metro por culpa de la bruma y temo perderme.

Ese argumento, pensó Fiona, era incontestable, sin embargo, la mujer, en vez de tomarlo en cuenta, pareció encantada:

—Por supuesto, querida, claro que te vas a perder si sales ahí fuera sola. Ya contaba con eso.

Fiona, perpleja, solo puedo decir:

—¿Entonces?

Y lady McKenzie, como si fuera precisamente esa réplica la que estaba esperando, y con voz de victoria, añadió:

—Entonces te va a acompañar Hamish.

Y como si todo estuviera orquestado, él entró por la puerta, con sus ropas escocesas, pero con una larga capa de color verde oscuro y con capucha. Y con otra parecida en su mano.

Una capa que tiró en el suelo, a los pies de Fiona.

—Hamish, recoge esa capa.

La voz de Lady McKenzie sonó glacial. Mucho más que la temperatura que, seguro, hacía fuera.

Fiona ya había atisbado que la mujer era algo más que la dama encantadora que se desvivía por ella, cuando había visto las miradas que le había echado a su hijo el día anterior, pero su voz en ese momento le confirmó que Lady McKenzie tenía, como mínimo, dos caras.

Y la que acababa de mostrar en ese momento era imposible de desobedecer.

Tanto, que incluso el salvaje Hamish, despacio, pero hizo lo que su madre le había dicho. Recogió la capa del suelo y se la ofreció a Fiona.

Eso sí, sin dirigirle la mirada.

Y ella, impresionada aún con el tono de la mujer, se dispuso a salir con aquel hombre del que conocía cada centímetro de su cuerpo, pero al que aún no le había escuchado una palabra.

En cualquier lugar, en cualquier otras circunstancias, Fiona se habría negado a salir con aquel hombre, pero la voz autoritaria de Lady McKenzie actuó en ella como al parecer actuaba en su hijo. Así que se puso la capa y se dirigió hacia la puerta de salida, donde un Hamish con cero entusiasmo, como ella, la esperaba ya.

—Espero que lo paséis bien.

Le dijo la mujer cuando Hamish abrió la puerta.

Y ella, como oveja que va hacia el matadero, le contestó:

—Gracias, Lady Mckenzie.

A pesar de que la puerta ya estaba abierta y los rugidos del viento exterior se apoderaron del todo, pudo escuchar la voz de la dama a su espalda, esta vez cantarina y encantadora , diciéndole:

—¡Llámame Orla!

Capítulo 15

Fiona dio tan solo dos pasos y dejó de estar al abrigo del zaguán y un nuevo golpe de agua en la cara le recibió.

Esta vez no soltó ni una exclamación. De hecho, su expresión ni siquiera se alteró: ya se estaba habituando a que esa fuera la bienvenida habitual en el exterior de aquel lugar.

Hamish había salido delante de ella, pero justo se giró cuando ella salió al exterior. Debió ver cómo la lluvia le empapaba el rostro y también cómo ella continuaba andando como si nada. Y sonrió. Levemente, pero sonrió.

Una sonrisa sorprendente porque, anotó Fiona, cambiaba totalmente la sensación que daba. De parecer un salvaje sin educación ni modales a parecer... todo un caballero.

Aquello había sido un espejismo, por supuesto, porque él se volvió a dar la vuelta y comenzó a caminar hacia adelante, a través de la lluvia, niebla y fango que lo llenaban todo y sin mirar atrás.

Ella, con dificultad, le siguió.

Enseguida se dio cuenta de que, a pesar de que él llevaba un paso rápido y que cada una de sus zancadas valía como dos de las de ella, el avance no estaba siendo tan tortuoso como podía parecer. Rodeados de zarzas, hierbas altas, niebla pegajosa y viento y lluvia, no se había tropezado en ningún momento.

Estaba claro que Hamish conocía bien el lugar y la estaba llevando por el mejor camino posible. Además, como él abría el camino, si encontraba algo que obstaculizara el paso, como un par de rocas y zarzas que encontró, las apartaba para que ella pudiera pasar sin problemas.

Sin mirarla en ningún momento, eso sí.

En un momento dado, Hamish se paró en seco y Fiona, tras él hizo lo mismo, manteniendo la distancia de tres metros que llevaban desde que habían salido.

El lugar donde él había parado, en principio, no se distinguía en nada de lo que acababan de recorrer, porque no se distinguía nada, ya que la niebla lo envolvía todo, y el poco espacio que quedaba a la vista, estaba difuminado por las finas pero persistentes gotas de agua que caían sin fin.

Pero él sí parecía saber dónde estaban y, sobre todo, qué hacer.

Sin mirar atrás en ningún momento, se puso a investigar a su alrededor, enseguida pareció encontrar lo que buscaba. Entonces se quitó la capa y la puso extendida entre la rama de dos árboles que estaban muy cercanos uno del otro, creando una especie de tienda de campaña.

Fiona, a tres exactos metros de él, miraba todo asombrada : ¿qué estaba haciendo? No tenía ni idea, pero, desde luego, no le iba a preguntar. Ni acercarse.

Pero justo cuando pensó esto, él se giró y se la quedó mirando.

Mantuvo la mirada en ella un par de segundos. Era la segunda vez que ocurría, la primera, había notado auténtica animadversión en ella, esta vez..., esta vez no había animadversión, pero tampoco se podía decir que fuera una mirada amigable.

Era una mirada..., apremiante.

La idea se descubrió acertada cuando él añadió un gesto. En concreto, un gesto de su mano para que ella se acercara.

Y tal y como le había ocurrido con su madre, Fiona reaccionó como él quería y se acercó.

Aquellos McKenzie y su forma autoritaria de actuar anulaban su libre elección. En cualquier caso, se dijo Fiona a si misma intentando ser comprensiva con ella misma, no tenía muchas opciones, por no decir que no tenía ni una. Quedarse parada donde estaba era absurdo, dar la vuelta, una locura, ya que no tenía ni idea de dónde estaba y, además, sentía curiosidad por lo que Hamish estaba tramando, así que se acercó.

Cuando llegó a su altura, él, de nuevo sin soltar una sola palabra, le señaló con la mano algo en el interior del refugio que había construido con su capa.

Una piedra plana, como si fuera un asiento, se veía en una esquina del refugio improvisado.

Como para que ella se sentara.

La piedra estaba, por supuesto, empapada, pero como llevaba aquel impermeable grueso, iba a estar a salvo de la humedad.

Y Fiona entró en el refugio y se sentó, pero no solo porque él se lo había indicado y se sentía incapaz de negarse, sino por algo mucho más poderoso: el resto del refugio improvisado estaba lleno de brezo.

Al parecer, Lady McKenzie le había contado a su hijo lo que ella había ido a buscar y había hecho su labor de guía no del todo mal.

Espléndidamente, de hecho.

Apartó a Hamish de su mente y volvió a fijarse en el brezo.

Delante de ella había una enorme mata de brezo, con sus flores violetas, perfectas y frescas. La más perfectas y saludables que había visto en su vida, a pesar de que estaban llenas de gotitas de agua, a pesar de que llevaban horas, o días, bajo una lluvia sin fin.

O, quizá, por eso.

Por un momento pensó que su abuelo había tenido razón y que aquel brezo era diferente, porque aquellas tierras eran diferentes, pero su mente científica tomó el mando inmediatamente y se dijo a sí misma que eso habría que comprobarlo: con paciencia y muchos experimentos.

Fiona se sentó en la roca sin poder quitar ojo a las ramas y las flores: por eso precisamente había hecho aquel viaje. Solo con el brezo que tenía delante suyo, podía pasarse toda la vida experimentando. Aunque también tenía claro que necesitaba recoger brezo de muchos lugares diferentes.

Pero aquello, para empezar, era maravilloso.

Y era Hamish, sin mediar palabra con ella, quien le había llevado allí.

Lo miró asombrada, solo para comprobar que él no la estaba mirando.

Se había sentado también, pero en una roca mucho más pequeña y puntiaguda, claramente más incómoda que la que había reservado para ella. Además, se había quedado fuera del refugio de la capa y la lluvia caía sobre él sin piedad. También estaba rodeado de brezo, pero a él todo parecía importarle un bledo: el brezo y el agua que le empapaba.

Fiona no se asombró, el día anterior ya le había visto totalmente desnudo desafiando las inclemencias del tiempo sin alterarse.

Recordar aquello le trajo un nuevo sofoco. Y esta vez se mantuvo un buen rato, porque ella no pudo evitar fijarse en que la lluvia, al empapar la camisa que él llevaba, estaba sacando de nuevo los poderosos músculos de sus brazos y torso a la luz.

Tenía, además, las piernas abiertas y apoyados los pies a los dos lados de la roca, por eso el kilt se le había abierto y sus muslos asomaban casi hasta la altura de su sexo.

Dando una sensación mucho más perturbadora aún que la del día anterior.

Un cuerpo desnudo, aunque sea perfecto, como era el de él, no dejaba nada a la imaginación. Pero con una tela ligera, como la de aquella camisa, enseñando sin enseñar, lo hacía aún más fascinante.

Y deseable.

Fiona pegó un ligero bote y apartó la mirada de él.

¿Había pensado que era deseable?

Sí, lo había pensado.

Como buena científica, decidió no darle importancia: ella era un ser humano, y los seres humanos tienen instintos y deseos, como los animales. Era normal que la visión por primera vez de un cuerpo masculino, uno magnífico además, le perturbara.

E, incluso, le hiciese sentir deseo.

Pero no iba a perder más tiempo con aquello.

Aquel hombre era un compendio de todo lo que no le gustaba: era bruto, salvaje, maleducado y, seguro, inculto.

Y eso mataba cualquier deseo a la larga.

Y respecto al deseo animal que acababa de sentir, igual que había aparecido fugazmente, desaparecería. Enseguida..., aunque tuviera que dejar de mirarlo para eso.

Sí, eso es lo que haría, decidió, empezaría a recoger el brezo sin echarle una sola mirada y en un minuto ni se acordaría de que él estaba allí.

Capítulo 16

No fue tan fácil.

Ni una de las dos cosas, ni recoger el brezo ni olvidarse de él.

Con las prisas que les había metido Lady McKenzie para que salieran, se le había olvidado recoger lo más importante: un instrumento para cortar el brezo.

Los había traído de Towerhill y estaban en su habitación del castillo: tenía pequeñas navajas y cuchillos finos y afilados, como los que se utilizaban para operaciones quirúrgicas. Ella cuidaba mucho sus instrumentos de trabajo, y los que utilizaba para cortar las plantas y flores estaban entre los más preciados, porque la recogida era importante para conservar todas sus propiedades.

Con el brezo en concreto, el corte debía ser limpio y certero.

Pero en ese momento, de esos instrumentos sólo tenía el recuerdo, así que debía utilizar tan solo sus manos. Un empeño difícil en cualquier circunstancia, pero más aún ante aquella planta de brezo especialmente vigorosa y fuerte.

Pero no se iba a desanimar, ni, mucho menos, dar muestra de su desilusión delante de él. Así que se dispuso a cortar las primeras ramas.

Y el empeño resultó tan difícil como había previsto.

Empezó con una ramita que tenía varias flores hermosas y saludables. La rama era lo suficientemente pequeña como para poder partirla con la mano. Pero la dificultad se presentó en cuanto la retorció. Los tallos de aquel brezo eran especialmente leñosos y, al mismo tiempo, flexibles, así que, a pesar de que utilizó todas sus fuerzas, no consiguió más que dejar la rama medio pelada, que se cayeran todas las flores y que la rama no se terminara de desprender.

Fiona censuró el suspiro de frustración que estuvo a punto de soltar: no quería que Hamish se diera cuenta de lo que le estaba pasando, bastante tenía con soportar su presencia incómoda y silenciosa a dos metros de ella, como para aguantar una posible burla. Aunque fuera solo con la mirada.

También censuró un impulso de mirarle. Desde que había intentado soltar la rama, un ruido suave pero persistente provenía del lugar en el que estaba sentado él. Tenía curiosidad por saber qué estaba haciendo, pero al mismo tiempo no quería mirarle.

Decidió que iba a utilizar más fuerza para arrancar aquella maldita rama, aunque ya no le sirviera de nada, ya que no quedaba ni una sola flor en ella. Y se puso a ello.

Retorció y retorció la rama, estiró hacia sí, consiguiendo tan solo despellejarse la mano, volvió a retorcer la rama y estuvo a punto de utilizar los dientes para terminar de romper el hijo leñoso que aún le mantenía sujeta a la planta.

Soltó el suspiro finalmente, sin poder contenerlo, pero la frustración por hacerlo le hizo sacar más fuerzas y logró finalmente arrancar la rama.

Una decena de flores, de las ramas de alrededor, se desprendieron y cayeron al suelo, mientras ella se quedaba en la mano con una rama seca.

Un desastre.

Además, el ruido que estaba haciendo él, a pesar de ser suave, le estaba añadiendo tensión. Y curiosidad.

Entre la frustración por haber destrozado las flores y la curiosidad, al final, no pudo evitar mirarle.

Seguía en la misma postura que le había visto antes de su pelea con la rama, pero ahora tenía algo entre sus manos, en una tenía algo que parecía un palo, o una rama, y en la otra, una piedra afilada. Y movía una contra la otra, eso era lo que estaba produciendo el ruido.

Aquel hombre siempre hacía cosas extrañas, aunque esta vez lo agradeció, porque estaba tan asombrada con lo que le estaba viendo hacer, que había superado la tentación de fijarse en su camisa, ya totalmente mojada, pegada a su cuerpo.

Además, él estaba tan concentrado en lo que estaba haciendo, que no se dio cuenta de que ella le estaba mirando.

Hasta que sí lo hizo.

La sorprendió sin darle tiempo a apartar la mirada, así que a Fiona no le quedó más remedio que sostenerle la mirada.

Una mirada, de nuevo, diferente a las dos anteriores.

Había cierta calidez en ella y un fondo de interés. Aunque también parecía un poco irónica.

Algo nuevo.

Pero no tuvo tiempo de pensar en ello, porque lo que vino a continuación, acaparó totalmente su atención. Y le dejó con la boca abierta.

—Miss Kerr, con esto lo cortará mejor.

Y le extendió lo que a ella le había parecido un palo que, cuando lo tuvo en sus manos, resultó ser un cuchillo. De madera, sí, pero tan afilado como cualquiera de sus mejores instrumentos de acero.

Eso es lo que había estado haciendo él mientras peleaba con la rama: un instrumento para que pudiera cortar mejor.

Con la boca abierta, se lo quedó mirando sin ser capaz de decir nada.

No solo era sólo que él había hecho ese cuchillo para ayudarla, sino también que le hubiera hablado. Con tanta educación. Y con una voz grave y masculina, pero, al mismo tiempo, cálida.

El salvaje no era tan salvaje. O no lo era en absoluto.

—Gracias.

Al final consiguió sacar palabras, o, mejor dicho, una palabra: lo menos que podía hacer era mostrar su agradecimiento.

Además, en cuanto probó el instrumento, se dio cuenta de que era magnífico. La primera rama que cortó se desprendió limpiamente con un solo gesto de su mano.

Por un momento todo quedó ahí. Ella volvió a la labor de recoger ramas de brezo, esta vez sin contratiempos y él continuó sentado, sin moverse y ya sin hacer ningún ruido.

Pero la situación era un poco anómala. Ahora que él le había dirigido la palabra y había sido amable con ella, se sentía en deuda.

Por eso, una vez que había recogido ya una buena cantidad de ramas y flores de brezo, decidió levantar de nuevo la mirada.

Y darle algo de conversación.

Cualquier cosa que se pareciera a una relación normal entre dos personas.

Cualquier cosa que rebajara un poco la tensión que les rodeaba desde que se habían visto por primera vez.

En cuanto levantó la vista, se arrepintió. Se había olvidado de algo muy importante: de la terrible atracción que sentía hacia su presencia física.

Ahora Hamish McKenzie estaba totalmente empapado. El pelo, oscurecido por el agua de la lluvia, estaba perlado de gotas de agua, y éstas caían sobre sus hombros. Estaba igual que la primera vez que le había visto, desnudo, saliendo del estanque.

Y ese recuerdo no le hizo nada bien.

Pero mirara donde mirara, todo era perturbador.

Esa camisa mojada que transparentaba el color de su piel, esas piernas desnudas, fuertes, brillantes por el agua de la lluvia, el kilt que, contra todo pronóstico, le daba una imagen terriblemente masculina.

Tenía que decir algo, lo que fuera, para salir de la turbación que, seguro, él tenía que estar notando.

Y solo se le ocurrió una obviedad:

—Lord McKenzie, se está mojando.

Él no utilizó su torpeza contra ella, que podría haberlo hecho, al contrario, pareció interesado en mantener una conversación civilizada

—Me gusta la lluvia. Me gusta el frío —lo cierto es que también su respuesta podía

considerarse una obviedad, a la vista de lo que había ocurrido el día anterior y lo que estaba ocurriendo ese mismo día, pero Fiona agradeció que él empezara a comportarse de manera normal. Además, de nuevo, su voz grave y cálida le sorprendió agradablemente.

Pero ahora tenía que contestarle algo y las obviedades se habían acabado. Vaciló, buscando qué decir, pero él facilitó todo, porque volvió a hablar —Y son infinitamente más llevaderos que mi madre.

Y sacó una sonrisa claramente irónica.

Que entre Hamish McKenzie y su madre no había buena relación era algo que saltaba a la vista de cualquiera que se fijara un par de segundos en ellos, pero que él lo reconociera ante una desconocida era más insólito.

En cualquier caso, aquello sirvió para destensar el ambiente entre ambos.

Igual Hamish McKenzie no había sido un maleducado con ella, sino que simplemente se había portado así porque estaba su madre cerca.

Era teoría hacía aguas por todas partes, ya que ni la primera vez que le había visto saliendo del estanque ni desde que habían salido del castillo los dos solos, había habido rastro de Lady McKenzie y, aun así, él había sido descortés, por no decir salvaje.

Pero bueno, Fiona decidió creer eso para hacer más llevadero el momento.

Además de que era cierto que Hamish McKenzie llevaba un rato comportándose adecuadamente.

Así que Fiona le sonrió tras escucharle, no demasiado, para no sentirse mal respecto a Lady McKenzie, pero sí lo suficiente para que él la sintiera más cercana.

Y luego se le ocurrió qué decir:

—¿Qué le parece si volvemos ya?

había recogido brezo suficiente como para pasar una semana sin salir del laboratorio improvisado que pensaba montar en su habitación, así que ya no tenía sentido permanecer más allí. Era una buena forma de acabar con la experiencia extraña que estaban teniendo.

Él se mostró de acuerdo y volvió a hablarle:

—Por supuesto, Miss Kerr, yo estoy a su disposición. Volvamos.

¿Había habido un punto irónico en aquel “estoy a su disposición? Fiona juraría que sí, pero no quiso enrocarse en esa idea, él había vuelto a hablarle amable y se iba a quedar con eso.

No quería ni medio conflicto con aquel hombre que tanto le desconcertaba.

Así que emprendieron el camino de vuelta, pero esta vez algo más relajados.

Tanto, que él, aunque había vuelto a colocarse al frente, se giró varias veces para ver si ella le seguía y un par de veces le señaló, con la mano y con la voz, obstáculos del camino para que los sorteara.

Sí, Hamish McKenzie, sin ser el paradigma de la caballerosidad, había dejado de comportarse como un salvaje con ella.

Aún así, no veía el momento de llegar y dejar de verlo: le seguía alterando demasiado.

Por suerte, eso estaba a punto de suceder, porque en un momento dado, cuando llevaban cerca de media hora andando, él se volvió girar para mirarla y le dijo:

—Ya estamos casi, es por ahí —le dijo, y le señaló al frente.

Ella solo vio la misma niebla que les rodeaba por todas partes, pero volvió a decirle gracias y aprovechó para recogerse el vestido un poco.

Cuando levantó la mirada, Hamish no estaba.

Había desaparecido y a su alrededor sólo había un mar de niebla gris.

Capítulo 17

—Fiona, ¿qué ha pasado? ¿Dónde está Hamish?

Habían pasado diez minutos desde que Hamish había dejado abandonada a Fiona en medio de un banco de niebla, hasta que ella había encontrado la entrada del palacio, casi dándose de bruces contra la escalinata de entrada, pero a ella se le había hecho eterno.

Durante todo el tiempo que había estado perdida había sentido miedo, mucho miedo. No veía más allá de unos centímetros delante de sus narices, no tenía ni idea de dónde estaba, tenía miedo de tropezar y hacerse daño, más miedo aún de caer en el agua, y no hacía más que escuchar ruidos a su alrededor que, en la situación en la que estaba, le aterrorizaban.

Pero en cuanto había chocado con las escaleras y se había sabido a salvo, el miedo cambió a enfado.

Y rabia.

Contra Hamish, claro.

Seguramente no la había dejado lejos del palacio, pero, en cualquier caso, lo que había hecho con ella no tenía nombre.

Era un impresentable, un salvaje y... ¡un cobarde!

Esto último no tenía mucho sentido, pero estaba tan enfadada que echó mano de todos los insultos que se le pasaban por la cabeza, para desahogarse... y funcionó..., hasta que la voz de Lady McKenzie le sacó de estos pensamientos.

—¡¡No tengo ni idea de dónde está Hamish!!

Le respondió, gritando.

Jamás en su vida había contestado así a nadie, ella era educada y tranquila, una persona

racional que no se dejaba llevar por las emociones... hasta que Hamish había aparecido en su vida, claro.

Hamish y Lady McKenzie, porque la dama en ese momento también le resultó insufrible. Era, desde luego, más educada que su hijo, pero Fiona en ese momento no estaba para sutilezas y la culpaba a ella también por lo que había ocurrido: al fin y al cabo, había sido idea de ella que salieran a recolectar el brezo juntos.

—¿Qué te ha hecho?

Lady McKenzie no se enfadó con ella ni le afeó su comportamiento, por el contrario, ignoró su salida de tono y se mostró inmediatamente preocupada y cercana a ella.

Había adivinado que Hamish había hecho algo incorrecto.

Esto terminó de romper a Fiona que, tras haber pasado del miedo a la ira, acabó, finalmente, en el llanto.

Sí, Fiona se echó a llorar al ver el interés y la preocupación de Orla McKenzie, y ella, comportándose como la madre que Fiona había perdido de niña, la abrazó y la acunó, repitiéndole cada poco: “tranquila, ya pasó”, hasta que Fiona se tranquilizó.

Luego la llevó al comedor que ya conocía, hizo que se sentara frente a la gran chimenea, les pidió a los criados que le trajeran una manta y encargó un té bien caliente.

Diez minutos después, Fiona, totalmente reconfortada, frente a un fuego vigoroso, envuelta en una manta del pelo de oveja más suave que su piel había sentido nunca y después de haber dado unos cuantos sorbos a un té especiado y dulce, estuvo en condiciones de contarle a Lady McKenzie lo que había ocurrido.

Y decidió no ahorrarle ni un solo detalle.

Desde el principio.

Le contó como el día anterior Hamish no solo se había paseado ante ella desnudo, sino que la había ignorado ostensiblemente e, incluso, le había rozado, aunque fuera sutilmente. Entonces había dudado si lo había hecho adrede o no, ahora ya no tenía ni una duda de que sí. Le contó cómo la había mirado en la primera presentación formal en el comedor y la hostilidad que

había sentido, le contó cómo él le había negado la palabra durante todo el trayecto hasta la zona en la que encontraron el brezo y, finalmente, le contó cómo la había abandonado a la vuelta en la zona donde la niebla estaba más espesa.

Lady McKenzie había escuchado todo con expresión grave y seria, hablando tan solo para pedirle algunos detalles.

Como Fiona quería dejar todo claro, no le ocultó nada y también le contó que Hamish había tenido algunos momentos de caballerosidad, como cuando le había construido un refugio con una capa y le había hecho un afilado cuchillo de madera.

Cuando escuchó estos detalles, sin embargo, lady McKenzie no cambió su expresión seria ni el ceño fruncido, que había mantenido todo el rato.

—Fiona, es inaceptable lo que te ha hecho.

La sentencia de Lady McKenzie vino después de que ambas permanecieran unos segundos en silencio, después de que Fiona se desahogara del todo.

—Si, lady McKenzie —afirmó ella —¿y sabe qué es lo peor, lo que más me tortura?: que no sé por qué me trata así. ¿Hamish es así con todo el mundo?

Por primera vez lady Mckenzie vaciló y su expresión tornó de enfadada a cautelosa.

Tardó en responderle y lo hizo con un tono más pausado y suave que anteriormente.

—No, Fiona, Hamish no es así con todo el mundo, aunque reconozco que siempre ha tenido un lado ingobernable, desde niño.

—Entonces... —empezó Fiona, intentando volver al tema que más le torturaba: por qué Hamish le trataba así. Pero Orla le cortó.

—No te preocupes , eso se va a acabar, ya.

Lo dijo con una convicción absoluta, pero también de forma hermética y Fiona supo que, en ese momento al menos, no le iba a sacar información de por qué Hamish era tan terrible con ella.

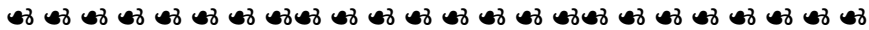
Pero bueno, al menos le había prometido que no iba a suceder más y decidió creerle.

Estaba agotada además, necesitaba descansar, dormir y alejarse un poco de todo. Estar

sola.

Y Orla McKenzie pareció leer sus pensamientos, porque inmediatamente le dijo:

—Tienes que descansar, Fiona, mañana será otro día. Sube a tu habitación, haré que te sirvan la comida y la cena allí. Y, te prometo, Hamish no volverá a tratarte así —repitió, haciendo que Fiona se quedara tranquila.



Diez minutos después, en la paz de su habitación, Fiona intentó descansar, aunque lo cierto era que dos ideas insistentes en su mente no le estaban dejando hacerlo:

Una era el misterio que Lady McKenzie había dejado abierto: ¿Por qué Hamish McKenzie era tan descortés con ella? La otra era aún más perturbadora: ¿Por qué le afectaba tanto?

Cuando llegó la noche no había conseguido desentrañar ni uno de los dos, pero al menos daba las gracias de que en aquel lugar infernal, alejado de toda civilización, con aquel hombre salvaje e incompresible, hubiera algo de cordura y educación.

Lady Mckenzie, con sus ropas elegantes y civilizadas, su saber estar, sus modales exquisitas, era una isla de cordura y lo único que le iba a permitir pasar con tranquilidad el mes que le quedaba por delante.

Capítulo 18

—¿Cómo que en el calabazo? ¿Qué calabozo? ¿Por qué?

Capítulo 19

Penny, la joven criada que Orla McKenzie le había adjudicado como doncella durante el mes que iba a estar alojada era muy simpática. Y también le encantaba chismorrear.

Fiona lo había notado desde el principio y aquel día no podía ser menos.

El problema era que la joven había querido chismorrear sobre lo ocurrido el día anterior: “¿qué tal lo pasó ayer? ¿todo fue bien? ¿le molestó la niebla para recoger el brezo?”, le había machacado a preguntas mientras le peinaba, antes de bajar a desayunar, y ella había esquivado todas ellas, pero cada vez más molesta.

Bastante tenía con gestionar sus propios sentimientos como para tener que darle explicaciones a aquella chica.

Así que cuando le hizo la pregunta más indiscreta de todas: “¿fue amable con usted lord McKenzie?”, Fiona decidió cortar por lo sano. Se giró y mirándole fijamente le dijo:

—Penny, ¿a qué viene eso?

Penny parpadeó varias veces, una cosa era que ella fuera cotilla y otra que le hicieran las preguntas a ella. Pero no podía dejar sin contestar a una dama, así que tuvo que decirle la verdad:

—Lady Fiona, es que ha pasado algo muy extraño y quería saber por qué.

—¿Qué ha pasado?

Penny suspiró en alto, se notaba que estaba metida en un dilema.

—Prométame que no va a decir nada, que no le va a decir a Lady McKenzie que se lo he contado.

Fiona necesitaba saber a qué había venido todo aquello, así que decidió prometerlo:

—De acuerdo, Penny, sea lo que sea, no le diré a nadie que me he enterado por ti.

La joven sonrió levemente, y luego tragó saliva. Esperó un momento, como si dudara aún, pero, finalmente, lo soltó:

—Ayer hubo una discusión muy fuerte entre lady y Lord McKenzie y finalmente la

señora decidió meter a su hijo en el calabozo.

Después del momento de desconcierto, vinieron las preguntas de incredulidad, pero las respuestas de Molly no hicieron más que confirmar lo increíble: ¡¡¡El castillo tenía un calabozo y Orla McKenzie había decidido meter a su hijo en él como castigo por cómo se había portado con ella!!!

Para una mente sensible aquello era impactante, pero para una mente racional y ecuánime como la de Fiona, era impensable

—Pero, ¿cómo puede meter en el calabozo a su propio hijo?

Dijo finalmente, asumiendo que era cierto, pero sin asimilarlo.

Y entonces Molly le dio una respuesta más incomprensible aún:

—Bueno, somos escoceses

Capítulo 20

Fiona tuvo que preguntarle varias veces a Penny si era verdad lo que le había contado, porque no podía creérselo.

Hamish McKenzie se había portado mal con ella, fatal, pero lo que había hecho merecía una reprimenda, no el calabozo.

En cualquier caso, lo que más desconcertaba era que fuera su propia madre quien le hubiera encerrado.

Y que esa madre fuera la mujer amable y educada que ella conocía.

Pero Penny se lo confirmó reiteradamente, utilizando, además, aquella sentencia absurda: “somos escoceses”.

¡¡Ella también tenía ancestros escoceses y jamás haría algo tan desproporcionado e irracional!!

En cualquier caso, aunque no lo entendía, estaba claro que había sucedido y ella también tuvo claro que no quería ser parte de aquello.

Hablaría con Lady McKenzie y le diría que no estaba de acuerdo con su decisión. Esperaba que le hiciera caso, ya que, en realidad, la causante de todo lo ocurrido había sido ella. Si le pedía que dejara libre a Hamish, tendría que escucharla.

Capítulo 21

—Hola querida, ¿has dormido bien?

Si Lady McKenzie había sido amable con ella hasta entonces, la bienvenida de ese día superaba aún a las anteriores.

Ese día, en vez de recibirle en el comedor oscuro, había decidido tomar el desayuno en el jardín del castillo: un jardín que hasta entonces Fiona no había visto.

Un criado le había conducido hasta la zona cuando había bajado. Como todo lo relacionado con aquel lugar, el jardín distaba mucho de ser ordenado y delicado, en un primer momento le pareció un compendio de malas hierbas dejadas crecer sin control, pero no, en realidad era un jardín cuidado, aunque a la manera de los McKenzie: un poco salvaje.

De todas formas, a pesar de su inclinación por las plantas, lo que más le llamó la atención fue Lady McKenzie. Estaba sentada en el centro del jardín, en una silla de hierro forjado, al lado de una mesa redonda del mismo hierro, todo un poco tosco, pero robusto, pero ella llevaba un delicado vestido en color malva y aquel día le habían peinado primorosamente.

Al lado de su hijo, Lady McKenzie siempre había parecido mucho más civilizada, pero ese día se había esmerado especialmente.

El día que había metido a su hijo en el calabozo.

Fiona estaba desconcertada, pero también tenía claro qué quería hacer, así que le respondió con la misma amabilidad, pero también con autoridad:

—Lady McKenzie, me gustaría hablar con usted.

—Claro querida, dime —le respondió ella con la misma amabilidad del principio.

—Ha llegado a mis oídos la noticia de que ha encerrado a su hijo Hamish en un calabozo

—al escucharse a sí misma, Fiona se dio cuenta de lo absurdo que era todo, sin embargo la dama ni se inmutó ni cambió la sonrisa:

—Así es, querida, tiene que reflexionar sobre lo que te hizo ayer y, sobre todo, no repetirlo.

Aquellas palabras confirmaban su temor: que todo lo había provocado indirectamente ella. Y también confirmaban que en esa familia, a pesar de las apariencias, no solo había un salvaje, sino dos.

—Me gustaría pedirle que le dejara libre, de alguna manera me siento responsable y no quiero...

—No.

De repente, la sonrisa y la extrema amabilidad desaparecieron y en su lugar Fiona vio asomar la mujer dura que ya había atisbado en alguna de sus miradas a Hamish.

—¿No?

Fiona no pudo más que responderle con aquella pregunta de incompreensión. No le había dejado ni terminar la frase.

Pero Lady McKenzie seguía imperturbable, como si lo que estaba ocurriendo fuera lo más normal del mundo. De hecho, cuando volvió a hablar, volvió a sacar a relucir su sonrisa y tonos encantadores:

—No querida, no te preocupes, las cosas están bien así, entre Hamish y yo nos entendemos. ¿Quieres un poco de té?

La última pregunta, tan fuera de lugar, quedó en el aire, porque Fiona seguía sin entender nada.

—Pero Lady McKenzie, ¿cómo...? ¿por qué...? No entiendo... es su hijo y...

—Querida, somos escoceses —Ahí estaba de nuevo aquella explicación que no explicaba nada. Fiona se limitó a abrir la boca, pero no soltó ni un sonido: se rendía. Y entonces Lady McKenzie volvió a hablar —¿Quieres un poco de té?

Capítulo 22

Fiona no quería te, solo quería marcharse de aquel lugar para volver a tener una vida previsible, racional y ordenada. Pero no le dijo esto, claro, se limitó a asentir y tomar el té. Y seguir la conversación de la mujer, que no volvió a mencionar a su hijo y parloteó sobre cosas ligeras y sin importancia.

Pero lo que había ocurrido era grave y tenía importancia y cuando se despidieron y Fiona volvió a su habitación, tomó una decisión.

Se iba a ir de aquel lugar, pero no sin antes zanjar el asunto por sus propios medios: iba a liberar a Hamish McKenzie del calabozo. Él era un salvaje y no se había portado nada bien con ella, pero no iba a llevar en su conciencia la culpa de ese castigo desproporcionado.

Capítulo 23

Consiguió, una vez más, pasar el día en la soledad de su habitación. Lo había acordado al despedirse de Lady McKenzie después del té: tenía brezo suficiente para investigar una semana entera, o más, e iba a empezar con sus investigaciones en la tranquilidad de su habitación.

Eso es lo que le dijo, pero, en realidad, no investigó nada, lo que hizo fue preparar su plan de liberación y huida. Y para ello contó con la inestimable ayuda de Penny.

Por un lado, preguntando discretamente, se enteró de donde estaban los calabozos y también de dónde se guardaba una copia de la llave: en la puerta de las cocinas, colgando libre, para que cualquiera la pudiera coger.

Nadie lo iba a hacer, por supuesto, ya que la autoridad de Lady McKenzie se palpaba aunque no estuviera presente y nadie osaba contradecirla.

Esa circunstancia le iba a venir de perlas, ya que ella no pensaba aceptar aquella autoridad y tendría, por tanto, muy fácil sacar a Hamish del calabozo: no necesitaba más que un momento de tranquilidad en las cocinas.

Pero ahí no acababa su plan, debía también procurarse un medio para salir del lugar en cuanto liberara a Hamish. Y también en eso le ayudó Penny:

—Me gustaría ir a Inverness, debo comprar unas tinturas para mis fórmulas. Vle había dicho cuando le había traído la comida, y para la cena ya tenía la solución:

—Mañana viene el lechero a primera hora de la mañana, él le podrá llevar y luego puede volver por la tarde en un coche de alquiler —le había dicho la joven satisfecha de poder ayudarla. Y también añadió —A Lady McKenzie le ha parecido muy bien.

A Fiona ya le daba igual lo que opinara la dama, lo que sí anotó fue que en aquel castillo nadie movía un dedo sin su aprobación. Bien, eso le favorecía, ya que nadie se iba a asombrar si la oían moverse a primeras horas de la mañana, que era cuando pensaba liberar a Hamish y luego irse.

Y respecto a Hamish..., no creía que le pusiera ni una pega , ella iba a liberarle.

Contenta con su plan, Fiona decidió acostarse pronto. Necesitaba estar descansada al día siguiente, iba a ser un día intenso.

Capítulo 24

Esa fue la única parte del plan de Fiona que salió según lo previsto: fue, efectivamente, un día muy intenso.

El resto, fue una sucesión de sorpresas y giros inesperados con un final....

Pero bueno, empecemos por el principio.

Al día siguiente Fiona se despertó cuando el alba comenzaba. Había dejado la ventana ligeramente entreabierta para que, en cuanto la oscuridad empezara a atenuarse, ella volviera al estado de vigilia.

Y funcionó.

El día anterior Penny le había asegurado que el lechero estaría cuando el sol ya hubiera salido del todo, pero aún no hubiera nadie levantado, calculaba que tenía unos 15 minutos para, antes de escapar de aquel lugar, encontrar las llaves del calabozo y liberar a Hamish.

Necesitó tan solo cinco, ya que, tal y como le había explicado Penny, las llaves estaban totalmente a la vista, colgando de una viga de madera en la cocina. No eran las únicas llaves, había muchas más, de hecho, en aquel lugar estaban accesibles todas las llaves de todas las puertas y cerrojos del castillo, pero gracias a la información que le había dado Penny, reconoció la que abría la puerta del calabozo: estaba en uno de los extremos y tenía un color cobrizo diferente al resto: “es la llave más antigua del castillo, ya que esa es la habitación más antigua”, le había dicho la joven para explicar su peculiaridad.

Una vez recogida la llave, sin ningún contratiempo, también encontró enseguida la puerta del calabozo. Las indicaciones de Penny habían sido muy precisas. Y, además, el calabozo estaba muy accesible.

¿Demasiado quizá para tratarse de un lugar en el que encerrar a alguien?

Lo cierto es que estaba en una especie de sótano, bajando unas escaleras que partían del zaguán de entrada, pero no era un lugar oscuro y tenebroso, como ella lo había imaginado, o no más que el resto. La puerta de entrada, además era igual a cualquiera de las puertas del lugar. Como si fuera la puerta de cualquier habitación.

Sí había una diferencia: la cerradura era evidentemente más grande, de ahí que la llave también fuera diferente.

No estaba para perder el tiempo en misterios, aparte de que todo lo que rodeaba al lugar y a la familia McKenzie era un gran misterio, lo importante era sacar a Hamish lo antes posible para que ella pudiera irse y perderles, a todos y a todo, de vista.

Pero ahí vino el primer contratiempo.

Introdujo la llave en la cerradura y encajó perfectamente, pero luego, no giró hacia la derecha como debía.

Nada. Ni un milímetro.

Lo intentó varias veces, haciendo fuerza con las dos manos, pero aquella cerradura no se abría. ¿Quizá tenía que tirar del pomo hacia ella?

Lo intentó, como último recurso, y justo en ese momento, una fuerza mucho más intensa que la que ella estaba utilizando tiró en dirección contraria y la puerta se abrió de par en par.

Porque la puerta no había estado cerrada con llave.

Porque quien la había abierto sin ningún problema desde el otro lado era Hamish McKenzie, que, en aquel momento, la miraba con una expresión mezcla de sorpresa e irritación.

Capítulo 25

—¿Qué quieres, Fiona?

En cualquier otra situación esa pregunta habría tenido fácil respuesta, pero en la situación en la que estaban era imposible de contestar.

Se había quedado sin palabras.

Porque Hamish, que supuestamente estaba encerrado contra su voluntad, había abierto la puerta por sus propios medios y sin ningún problema.

Porque lo que Fiona vio al otro lado de la puerta no parecía un calabozo. De hecho, lo que parecía era una habitación. Especialmente lujosa además.

Tenía una chimenea, encendida, una cama grande y robusta en su centro, con un precioso dosel del que caía una tela suave y delicada, alfombras de pelo en el suelo, una mesa grande de madera noble en un lateral, una librería llena de libros..., todo lo que apareció ante su vista era elegante y hasta lujoso. Quizá era la habitación más lujosa de aquel castillo.

Pero también se quedó sin palabras porque Hamish no estaba vestido... Bueno, sí lo estaba, llevaba unos pantalones y una camisa de algodón que, claramente, eran su ropa de dormir. Ambas piezas hechas con una tela finísima que dejaba traslucir su piel. Por suerte, llevaba también una bata de raso por encima, seguramente se la acababa de poner cuando había escuchado los forcejeos de ella en la cerradura. Porque también estaba claro que él, hasta un momento antes, había estado en la cama, ya que esta tenía las sábanas removidas.

Y, finalmente, se quedó sin palabras porque la voz de Hamish, cada vez que la había escuchado, le había producido escalofríos, pero en aquel momento aún más, ya que la había llamado por su nombre.

La había llamado Fiona.

Y su nombre en labios de él sonó especialmente perturbador y... agradable.

Eran demasiadas contradicciones y demasiadas emociones para gestionar, pero al final pudo responderle.

Le salió, en una imitación de lo que había hecho él, de tú también:

—He venido a liberarte.

Y Hamish tan solo levantó una ceja, casi tan asombrado como se había quedado ella al abrir él la puerta.

Estaba claro que aquello era absurdo, Estaba claro que Hamish no necesitaba que le liberaran de nada.

Y estaba claro que algo no encajaba.

Capítulo 26

—¿Quieres pasar?

Después de quedarse los dos mirándose unos segundos, sin terminar de reaccionar, lo hizo finalmente Hamish, sacando una sonrisa irónica. Y abriendo la puerta de par en par y animándole a pasar con un gesto de su mano.

Seguramente no era una invitación real, pero consiguió lo que seguramente buscaba, perturbarla más y ponerla roja como la grana.

Porque Fiona solo veía la enorme cama en medio de la habitación y las sábanas revueltas, que aún mantendrían el calor de él.

Y su olor.

Un olor que le llegaba a ella, a madera y bosque, un olor terriblemente masculino, pero que ahora estaba mezclado con algo más tibio y suave, el olor del perfume que, seguro, las criadas le echaban a su ropa de cama. Y que encajaba en él como un guante.

—No es un calabozo.

Al final, para salir de la enorme turbación, acabó soltando una obviedad. Pero una obviedad que para ella no era tal. Tanto Penny como Orla McKenzie le habían dicho que él estaba encerrado.

Pero, evidentemente, no lo estaba.

—Veo que mi madre sigue haciendo de las suyas.

También era evidente que a él no le había sorprendido lo que ella acababa de decirle.

—Penny me dijo que estabas encerrado y tu madre...

—Sí, sí, lo he entendido. Fiona, te lo voy a explicar, pero pasa, no vamos a hablar aquí

en el pasillo, nos puede escuchar cualquiera y no quiero, te prometo que me portaré bien.

La última parte la había dicho con su sempiterna sonrisa irónica y levantando de nuevo una ceja, pero Fiona se dio cuenta de que tenía razón y decidió entrar.

Él se apartó un poco más y ella entró, cautelosa, pero Hamish enseguida olvidó su actitud burlona y le hizo sentirse cómoda, poniéndole una silla frente al fuego, apartándose de ella y haciendo que ella no tuviera la cama a la vista, ya que aquello era lo más perturbador de todo. También se había atado la bata con el cinturón, de forma que la tela ya no transparentaba nada.

—Esto —empezó, señalando con el brazo a su alrededor— es mi refugio, Fiona, pero a mi madre le gusta llamarle calabozo. Y también le gusta hacer creer a los criados que a veces me encierra aquí. Eso, como comprenderás, es absurdo, soy un hombre adulto y libre, soy, de hecho, el heredero de mi padre desde que murió, hace ya diez años, el castillo es mío, así como mi puesto como jefe del clan McKenzie, pero a mi madre le gusta dar la sensación de que es ella quien controla. Y yo le dejo hacerlo. Sirve también para que los criados le respeten mucho y a mi me hace un favor, ya que no soy yo quien debe ocuparse de la intendencia del castillo y la gestión del personal.

Hamish había hablado de seguido, pero con voz pausada y con autoridad, mostrándole a Fiona una nueva faceta: la del señor de un castillo. ¡¡Y de un clan escocés!!

—Entiendo —dijo Fiona, sin entender del todo.

—Yo también entiendo que mi madre ha querido mostrarse ante ti como lo hace ante los criados y que ha decidido decirte que me había encerrado por lo que te hice ayer, cuando la realidad es que quedarme aquí fue una decisión mía para que me dejara en paz de una vez, pero... —y entonces se quedó en silencio un momento, mirándola con intensidad— lo que no entiendo es por qué querrías liberarme después de lo que te hice. Porque eso es lo que has dicho cuando he abierto la puerta.

Si hubiera podido, Fiona hubiera vuelto a atrás y habría cambiado, aunque sea, la frase que le había dicho a él: que había ido a liberarle.

Después de lo que él le acababa de contarle, aquello le hacía quedar como una ingenua fácil de engañar. Por no decir que hacía más difícil justificar su preocupación por él. Una cosa era intentar solucionar una injusticia evidente, aunque fuera contra una persona que no se había portado bien con ella, y otra, ayudarlo gratuitamente, además de quedar como una crédula.

Pero no podía echar marcha atrás y tampoco se le ocurría nada alternativo para justificar lo que había dicho, así que intentó justificar su actitud intentando mantener la dignidad:

—No me gustan las injusticias, aunque sean contra personas injustas.

Lo cierto era que la explicación le impresionó un poco a Hamish, se notó por la forma en que levantó la ceja esta vez, sin gota de ironía y con un fondo de sorpresa.

—Entiendo... y te lo agradezco.

De repente, en la habitación se formó un ambiente denso, aunque no desagradable.

Con tan solo dos frases, la energía hostil que había habido entre los dos desde el principio, se diluyó, dando paso a otra. Una energía electrizante e intensa, como el crepitar del fuego de la chimenea que había ante ellos.

Y Fiona volvió a notar un calor extremo. Y volvió a fijarse en él, vio que la camisa de dormir, aunque estaba parcialmente tapada por la bata, estaba también entreabierta, hasta la mitad de su pecho, y de esa forma se veía parte de su piel. Una piel que ya conocía, mojada, pero que ahora, envuelta en la suave tela de la camisa, y alumbrada por la luz que emitía la chimenea, parecía diferente y... mucho más deseable.

¡¡Deseable!!

Por suerte, él volvió a hablar y pudo escapar de aquel pensamiento perturbador:

—¿Y cómo pensabas explicarle a mi madre que me habías liberado?

No había ni gota de suspicacia en aquella pregunta, solo curiosidad sincera, y un punto de asombro. Estaba claro que Lady McKenzie no era tan fiera como parecía, pero también, que todo el mundo respetaba su autoridad.

—No pensaba decírselo.

—¿No pensabas decíselo? —dijo él, asombrado y sin entender —pero, se iba a dar

cuenta —terminó, volviendo a su tono irónico.

—Si, pero yo no iba a estar aquí para verlo.

—¿No ibas a estar aquí para verlo?

En su plan original, Hamish se iba a enterar de su huída, ahora habría preferido no contárselo, pero, como había ocurrido con su plan de liberarlo, no le quedaba más remedio que soltar la verdad. Esperaba que se lo tomara tan bien como estaba tomándose el resto.

—Si, tenía pensado marcharme nada más liberarte, volver a Londres. No he encontrado lo que buscaba, de hecho, lo único que he encontrado han sido malos modos y situaciones peligrosas.

—¿Situaciones peligrosas?

De nuevo, la expresión de desconcierto que puso Hamish parecía sincera, pero a Fiona no le hizo ni una gracia. De hecho, al recordarlo, el enfado y la rabia le hicieron responder de malos modos.

—Si, me dejaste en medio de la niebla, podría haber pasado cualquier cosa y...

La carcajada de él le dejó sin palabras.

¿Se estaba riendo? ¿De ella? ¿De lo que le había hecho?

Nunca en su vida se había sentido tan enfadada, no solo le había puesto en peligro, sino que aquello le hacía gracia.

Hamish había empezado a hablar y a comportarse como si fuera una persona normal, solo para demostrarle que era peor de lo que le había parecido al principio.

Fiona no había pegado una bofetada a nadie en su vida, pero en ese momento tuvo que hacer esfuerzos para no soltarle un bofetón.

De hecho, si no fuera porque el empezó a hablar de nuevo, seguramente lo hubiera hecho

—No corriste ni un peligro, Fiona.

—¿Cómo que no? No veía ni diez centímetros delante de mí, estaba el lago, los animales, zanjas y precipicios...

Fiona se calló de golpe al ver la expresión él. Le dio la sensación de que iba a soltar otra

carcajada, pero se estaba controlando para no hacerlo, porque se había dado cuenta de su enfado.

Y aquello le enfadó aún más. Hamish McKenzie era un bruto sin corazón.

Pero entonces él le dijo algo:

—No había lagos ni animales ni zanjas ni precipicios, pero si los hubiera habido, no te habría pasado nada, porque yo estaba a tu lado. Todo el rato. De hecho, no me separé más de un metro y si hubiera habido cualquier peligro, me habría bastado con extender un brazo para rescatarle.

Fiona abrió la boca, pero le costó sacar sonidos.

—Pero, no me di cuenta.

—Ya, pero estaba ahí.

—Pero, ¿por qué lo hiciste?

Y la respuesta no fue nueva para ella:

—Soy escocés

Capítulo 27

Nunca había pegado a nadie y era la segunda vez en dos minutos que tenía ganas de hacerlo con Hamish. Esa alusión a que “era escocés” para justificar cualquier tropelía le empezaba a sacar de quicio.

—Yo también soy medio escocesa y no voy haciendo locuras por el mundo ni fastidiando a personas que no me han hecho nada.

Respondió airada y un poco harta, porque Hamish había dejado sin respuesta lo que ella quería saber: a qué venía su animadversión hacia ella y por qué la trataba tan mal.

Pero, una vez más, la respuesta de él le desconcertó:

—Si, ya sé que eres medio escocesa. Por desgracia.

—¿Por desgracia? ¿Por qué por desgracia?. Hamish Mckenzie, mi paciencia tiene un límite y ha llegado a ese límite en este preciso momento. ¡Me voy!

Y se dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta, decidida. Por suerte, el lechero debería estar a punto de llegar y su pesadilla iba a acabar en pocos minutos.

Pero volvió a ocurrir lo impredecible.

De repente, una fuerza contra la que no pudo hacer nada, la agarró por la cintura y le dio la vuelta.

La fuerza la había utilizado Hamish, con su brazo.

Hamish, que en ese momento estaba pegado a ella, o ella pegada a él, ya que la había atraído hacia sí y mantenía sus cuerpos pegados, mientras sus caras estaban apenas separadas por unos centímetros.

Desde esa cercanía, Fiona se pudo fijar en los ojos grises de él eran más oscuros de lo

que había creído y contrastaban con su piel blanca y su pelo rubio.

Y eran fieros.

Sin embargo, extrañamente, no sintió miedo.

Sintió muchas cosas, pero miedo, no.

Sintió nerviosismo mezclado con tranquilidad.

Sí, Hamish McKenzie, pegado a ella, le transmitía tranquilidad. Y respecto al nerviosismo, no era desagradable, al contrario, era excitante, como la promesa de que algo maravilloso estaba a punto de suceder.

Y de repente, sintió deseos de besarlos, en aquellos labios llenos y sensuales.

No lo hizo, por supuesto, ella se controlaba, era una mujer racional, aunque, como todo el mundo, tenía una parte animal. Era esa pared la que le estaba afectando en ese momento, pero ella la tenía bien controlada.

Y sujeta.

Quizá lo que tenía que hacer era darle finalmente aquel bofetón que llevaba censurando un buen rato. Y luego zafarse de él, dar la vuelta de nuevo y salir de aquel lugar horrible para siempre.

Esos eran sus planes, pero Hamish McKenzie tenía otros.

—No vas a ninguna parte.

Capítulo 28

Y acompañó sus palabras con un movimiento tan sorpresivo como efectivo: con una mano le tapó la boca y con el brazo que rodeaba su cintura la levantó del suelo y se dirigió con ella, así, cargada como si fuera un saco, hacia la salida.

Capítulo 29

Unos minutos después, Fiona estaba montada en un caballo guiado por Hamish, rumbo a no se sabía dónde.

Todo había pasado de manera vertiginosa. Él la había llevado en volandas, con la boca tapada, para que no gritara, como si fuera una pluma. A pesar de que ella se había revuelto intentando zafarse, los brazos de él se habían convertido en hierro, y no había conseguido soltarse ni un milímetro.

Habían entrado en las caballerizas con ella pataleando y él inmutable hasta que él había ido a uno de los cajones donde estaban los caballos y lo había abierto. En un gesto ágil, la había introducido a ella y había sacado el caballo, cerrando la puerta después.

En un abrir y cerrar de ojos, se encontró sentada sobre el caballo, por delante de Hamish que, sentado tras ella, pasó los brazos a los lados de su cintura mientras sujetaba las riendas, y le susurró al oído.

—Si gritas ahora, no te oirá nadie, pero no te recomiendo que lo hagas. Y, sobre todo, no tengas miedo, jamás te haría daño.

Y ella le creyó.

Hamish sacó el caballo fuera del establo y entonces Fiona se atrevió a preguntar:

—¿A dónde vamos?

—En busca de la libertad: la tuya y la mía.

Y después de decir eso, Hamish arengó al caballo, que se puso inmediatamente al galope.

Capítulo 30

Fiona soltó un grito por el susto y la impresión, un grito que, tal y como le había dicho él, no escuchó nadie, porque se habían alejado de la zona donde vivían los criados.

Era la primera vez en su vida que iba al galope. De hecho, era la primera vez que montaba un caballo de verdad.

Nunca había sido entusiasta de la actividad al aire libre exceptuando la recogida de plantas. Ella era tranquila y se sentía bien, sobre todo, entre las cuatro paredes de su laboratorio.

Sabía montar lo justo un caballo trotón que había compartido con su padre y que les había servido para hacer pequeños desplazamientos en su pueblo, pero para viajes más largos, utilizaba siempre diligencias o carruajes alquilados.

Así que era la primera vez que sentía lo que era viajar a grandes velocidades, con el viento en la cara.

Al principio se aterrorizó, de ahí vino el grito, pero sucedieron dos cosas seguidas que le hicieron cambiar la impresión.

La primera, que tras el grito, Hamish se inclinó hacia ella, haciendo que su pecho se apoyara en la espalda de ella, y le susurró al oído, por detrás:

—No te preocupes Fiona, estoy aquí, no te va a pasar nada, solo disfruta.

Y la segunda fue esa última expresión, aquel: “solo disfruta”.

En un primer instante se enfadó con él, acababa de secuestrarla contra su voluntad y le estaba obligando a tener una experiencia peligrosa, si hubiera podido, le habría dado el bofetón que llevaba un rato censurando, pero, inmediatamente, la combinación de la calidez que sentía a su espalda y también la seguridad de que lo que él le acababa de decir era cierto, que no le iba a

pasar nada, empezó a relajarse.

Y a disfrutar.

Venía de una familia que no amaba el riesgo más allá de tener alguna reacción inesperada en el laboratorio que provocara una pequeña explosión o incendio. Ni su padre ni, por lo que le habían contado, su abuelo, montaban o cazaban, dos aficiones que se le suponía a todo buen escocés, pero, en esto, ellos eran atípicos.

Y, hasta ese momento, Fiona también lo había sido. Sin embargo, una vez Hamish le tranquilizó, lo que había sido miedo, pasó a convertirse en vértigo y, enseguida, emoción y disfrute.

Aquel día estaba nublado, para no variar, pero no había niebla ni llovía, así que ante ella, a medida que avanzaban, empezó a extenderse una sucesión de páramos maravillosos, la mayoría cubiertos con la flor morada del brezo escocés.

Y junto a los páramos, un río, ancho y gris, color plata. Un río que parecía tranquilo, pero también misterioso. Y, por eso mismo, doblemente atractivo.

—Es el río Ness —le susurró al oído una vez más Hamish, y un escalofrío la recorrió entera.

De niña había leído las leyendas artúricas y no habían hecho mucha mella en su ya racional mente que solo valoraba los hechos demostrables. Pero como si de repente se creara un puente entre la niña que había sido y la que podría haber sido, Fiona, mientras cabalgaba, recordó alguno de esos pasajes y, por primera vez sintió emoción y misterio.

Del río Ness, en un recodo del camino, empezó a subir una neblina suave, según su mente científica, producto de la diferencia de temperatura entre el agua y el aire, pero, de repente, se le ocurrió que podía ser el aliento de la dama del lago, dándoles la bienvenida.

Un árbol centenario, casi muerto, ya que era todo ramas retorcidas sin hojas, reinaba en lo alto de una colina azotada por el viento y, de repente, Fiona pensó que podía ser Merlin, siguiendo sus pasos, vigilándolos.

Y la presencia de Hamish tras de ella, dándole seguridad, pero también calidez y una

energía terriblemente masculina, le hizo pensar en Lanzarote y Ginebra huyendo al bosque para consumir su amor.

Y ese último pensamiento le hizo pegar un bote e intentan alejarse de Hamish.

Aquello era demasiado, ¡no podía consentir pensar así!

De todas formas, no tuvo que preocuparse mucho por su reacción, ya que , de repente, ajeno a lo que le estaba ocurriendo a ella, Hamish detuvo al caballo, un poco bruscamente, pero sin ponerle en peligro de caerse, y dijo, de nuevo agachándose hacia ella y con la boca pegada a su oído:

—Ya hemos llegado.

Capítulo 31

—¿Ya hemos llegado? ¿A dónde? ¿A ninguna parte?

Tras el desconcierto inicial, Fiona se dio cuenta de dónde estaba. Hamish había dicho que habían llegado, pero estaban en medio de un páramo, con el río cerca, pero sin una sola construcción visible a la vista ni, mucho menos, un pueblo.

Aquello era demasiado y de ahí vino su reacción airada.

Después de soltar aquellas preguntas, decidió que no podía permanecer ni un segundo pegada a aquel salvaje que la había secuestrado e intentó descabargar, sin ayuda de él.

El resultado es que no logró poner el pie adecuadamente y acabó cayendo al suelo.

Mientras Hamish la miraba desde arriba, aún montado y con su exasperante ceja levantada.

—Si hubieras esperado, te habría ayudado.

—No necesito tu ayuda, lo único que necesito es perderte de vista.

Soltó ella, esta vez casi gritando. Estaba muy enfadada. No entendía nada. No entendía porqué él la había llevado a aquel sitio, y no entendía qué le pasaba cuando estaba junto a él.

¡¡Acababa de fantasear que era la protagonista de las leyendas artúricas!! ¡¡Ginebra!! ¡¡Y él, Lanzarote!! ¡Por favor, aquello era lo contrario a lo que era Fiona Kerr, lo contrario a lo que debía ser!!!

En realidad su enfado era más por lo que ella estaba sintiendo que por la actitud de Hamish. Que él era un salvaje sin educación del que se podía esperar cualquier cosa era algo que ya sabía, pero que ella podía ser diferente a lo que creía que era...., ¡eso sí que no lo podía soportar!

Y decidió huir.

¿A dónde?

Ni idea.

Mirara donde mirara, todo era igual: una extensión de páramos solitarios con la vegetación azotada por un viento perenne.

Pero en ese momento Fiona había dejado de pensar, así que se puso en marcha sin importarle a dónde ir.

Dio un total de cuatro pasos.

Cuando dio el último, un muro se había alzado ante ella.

No era un muro, era Hamish, que se había adelantado y le había parado de golpe.

—Fiona no seas niña, no hay nada civilizado ni nadie en 50 millas a la redonda.

Tranquilízate, no te va a pasar nada si continuas a mi lado.

Fiona sabía que él tenía razón, era absurdo intentar huir a ninguna parte, pero tampoco pensaba quedarse sin darle una réplica.

—¿Que no me va a pasar nada? Ya me ha pasado: ¡me has secuestrado!. Y estar contigo es lo peor que me ha podido pasar.

Hamish la miró fijamente, pero decidió no contestarle directamente, sino darle más información.

—No te preocupes, no va a ser por mucho tiempo. Vamos a pasar unos días acampados aquí y después volveremos y me perderás de vista para siempre. Es exactamente lo mismo que quiero yo.

Ahora fue Fiona quien miró fijamente a Hamish, en su caso con una mezcla de incompreensión y desesperación.

No entendía qué estaba pasando desde que se lo había cruzado por primera vez y, sobre todo, no le entendía a él.

Capítulo 32

—¿Por qué?

Después de la respuesta de Hamish, Fiona había tomado dos decisiones, aceptar lo inevitable: es decir, que estaba en un páramo aislado donde la huída era impensable y debía, por tanto, mantenerse al lado de Hamish y, en segundo lugar, que necesitaba saber qué estaba pasando y no iba a descansar hasta conseguir una respuesta.

Pero la segunda parte no estaba funcionando. Le había preguntado a Hamish un montón de veces ¿por qué? , pero él no le había dado una respuesta satisfactoria.

Bueno, en realidad no le había respondido nada.

Se había puesto a recoger ramas desprendidas del único árbol que había cerca de ellos, un roble centenario, y a apilarlas en círculo. Pronto le quedó claro a Fiona que tenía intención de crear una hoguera.

—Harías mejor en ayudarme, pronto anochecerá y agradecerás el calor de la hoguera — fue su única respuesta después de varios porqués seguidos de ella.

Estaba claro que no podía con él ni siendo insistentemente pesada. Hamish la estaba escuchando como quien oye llover.

Y no le quedó más remedio que claudicar, ya que quien corría peligro de cansarse de escucharse a sí misma era ella.

—Voy a hacer mi propia recolecta.

Sabía que la hoguera encendida le iba a venir bien, que Hamish tenía razón y dormir al aire libre en aquel páramo azotado por el viento podía ser una experiencia terrible sin fuego, pero no pensaba ayudarle, que se ocupara él, ya que había decidido secuestrarla.

Lo que sí le pareció una buena idea fue aprovechar el tiempo para recoger más berzo.

Porque a su alrededor había innumerables matas de brezo plagadas de flores grandes y frescas.

Hamish se detuvo un momento en su recolección de ramas y se la quedó mirando desde su altura, con gesto de curiosidad. Cuando vio a qué se había referido ella, mantuvo la mirada fija en ella, pero ya con una leve sonrisa durante unos segundos, pero enseguida la apartó y siguió con su labor.

Durante los siguientes minutos se hizo el silencio entre ellos, solo roto por el sonido que hacía él al apilar las ramas y el que hacía ella al cortar pequeñas ramas de brezo .

Cada uno estaba concentrado en su labor y evitaba mirar al otro.

Pero pronto el sonido que estaba produciendo Hamish desapareció.

Fiona supuso que ya había apilado suficientes ramas y por eso había cesado, pero aquel silencio se le empezó a hacer más incómodo cada segundo que pasaba y, al final, cayó en la tentación de mirar para ver qué ocurría.

Un error, ya que se encontró con la mirada gris de Hamish clavada en la de ella y una sonrisa aún más amplia que la de la última vez que había mirado.

Estaba de pie, ligeramente apoyado contra el tronco del roble, mirándola con curiosidad. Su sonrisa era de victoria: estaba claro que se había quedado en esa posición en una especie de reto a ver si ella lo miraba.

Y había mirado.

Y ella se había puesto roja como la grana.

Porque Hamish McKenzie podía ser un bruto, incluso un secuestrador, pero era terriblemente atractivo.

Y conseguía que su pulso se acelerara y un calor insoportable y delicioso al mismo tiempo la recorriera entera.

Por suerte, él enseguida habló, ayudando de esa manera a no quedar en evidencia:

—¿Eso para qué sirve?

Y a ella no había nada mejor para sacarla de su turbación que preguntarle algo relacionado con las plantas:

—Ayuda a combatir las heridas infectadas. Estoy estudiando esta variedad de brezo porque tengo información de que es mejor que la variedad que hay en Inglaterra.

—Cualquier cosa de Escocia es mejor que cualquier cosa de Inglaterra.

Lo había dicho de broma..., pero también para provocarle.

Y ella cayó en la provocación:

—Excepto algunos escoces.

La carcajada de él le demostró que no había dado con la respuesta correcta, en vez de humillarlo, que era lo que había buscado, le había dado pie a reírse.

Y aquella risa, franca y masculina, terriblemente masculina, volvió a provocar en ella aquella reacción animal de atracción sexual.

Hamish McKenzie era peligroso para ella, muy peligroso, y solo había una manera de mantenerse alejada de su influencia, no mirarle, no hablarle.

Así que Fiona apartó la mirada de él y volvió a recolectar flores.

Así pasó un buen rato, en el que él continuo en silencio, supuso Fiona que mirándola desde la atalaya de su altura, y ella continuó recogiendo las flores, esta vez aguantando perfectamente la tentación de volver a mirarlo.

Pero aquello tenía un límite, no podía estar indefinidamente recogiendo brezo, de hecho ya tenía una cantidad excesiva.

Pero en aquel duelo silencioso que ambos estaban manteniendo, esta vez ganó ella. O Hamish se dejó ganar, ya que, finalmente, fue él quien cambió su postura y empezó a hacer otras cosas.

Como había ocurrido anteriormente, la confirmación le llegó a Fiona a través del sonido.

Primero escuchó cómo Hamish empezaba a moverse, luego unos golpes extraños y pronto un crepitar que reconoció enseguida, era el sonido de un fuego recién encendido.

Aguantó un poco más la tentación de mirar y finalmente la voz grave de Hamish llamó su atención:

—Fiona, ven, vamos a comer un poco.

Comer.

Nada más escucharle, se dio cuenta de que estaba hambrienta. Mucho.

Por la mañana no había desayunado, pensando que podría hacerlo en cuanto escapara del castillo, y habían pasado demasiadas horas desde que Hamish la había sacado de allí en volandas. Sin probar un bocado.

En otras circunstancias, habría convertido ese momento en un nuevo duelo con Hamish. Habría hecho caso omiso a lo que él acababa de decirle, o habría aguantado un rato haciéndose la indiferente, pero estaba muerta de hambre, así que no solo volvió a mirar a Hamish, que ya estaba frente a la hoguera, sentado, sino que se acercó a él.

Y aceptó el trozo de carne que le ofreció.

Luego, tuvo que hacer acopio de su mayor autocontrol para no devorarlo en un segundo. Aún así, lo comió demasiado rápido, porque cuando volvió a mirar a Hamish de frente, él estaba sonriendo ampliamente. Y ofreciéndole otro trozo.

Comió como si llevara una semana sin hacerlo, hasta quedar totalmente saciada y luego decidió reanudar el ataque de la única pregunta de la que necesitaba una respuesta:

—¿Por qué?

Esta vez, Hamish decidió no huir, o no hacerlo de manera tan evidente.

—Acabarás enterándote, Fiona, pero prefiero que te lo diga mi madre.

—¿Tu madre?

Ahí estaba de nuevo la presencia Orla McKenzie.

—Sí mi madre, Fiona —dijo después de un momento mirándola fijamente —mi madre es la responsable de que te haya secuestrado, como dices tú.

—Es lo que has hecho.

Le cortó ella.

—Prefiero pensar que te he organizado una salida de tres días para que conozcas los páramos de Escocia —dijo él, con ironía.

—Contra mi voluntad —insistió ella.

Y algo cambió en Hamish. De repente se puso serio, muy serio, y respondió con voz de acero.

—De acuerdo, Fiona, tú ganas. No me gusta que me tilden de secuestrador: no lo soy. Puedes irte si quieres.

Una semana atrás, cuando la vida no se le había puesto totalmente patas arriba, Fiona no habría reaccionado como reaccionó.

Ella era racional y lógica. Estaba en una situación incómoda, pero Hamish, aparte de llevarla contra su voluntad, no le había tocado un solo pelo. Al contrario, se mostraba respetuoso con ella y le acaba de alimentar con una carne deliciosa. Por otro lado, estaba en un lugar perdido del que no conocía nada, así que la decisión lógica habría sido hacer caso omiso a la provocación de él.

Pero Hamish McKenzie, aparte de alterar sus sentidos, también le estaba provocando, por primera vez en su vida, tener reacciones ilógicas.

Así que Fiona fijó sus ojos en los de él, se levantó del suelo despacio, se colocó bien la falda después de sacudir las briznas de hierba que se le habían quedado prendidas. Se acercó al roble donde había dejado el hatillo con el brezo que había recogido y se marchó sin decir adiós.

Hacia...

Capítulo 33

¿Hacia dónde?

En cuanto empezó a andar se hizo la pregunta mentalmente a sí misma.

No tenía ni idea de dónde estaba ni hacia dónde debía dirigirse para llegar a un sitio civilizado.

Era una locura marcharse de allí. En las circunstancias que estaban, Hamish, aunque le costaba reconocerlo, en realidad le estaba protegiendo. Separarse de él podía significar la muerte.

Cuando la idea pasó por su mente, sintió un escalofrío por todo su cuerpo, pero el orgullo había tomado posesión de ella y siguió andando hacia adelante.

Hamish, igual también por orgullo —estaba claro que le molestaba profundamente que le llamaran secuestrador — no la había seguido. Cuando llevaba ya unos diez minutos andando, se atrevió a mirar hacia atrás y comprobó que no había ni rastro de él.

Sin embargo, aquel hecho, aunque demostraba que él aceptaba su voluntad, tampoco le gustó a Fiona.

Y decidió que formaba parte de la lista de agravios que él no hacía más que cometer contra ella.

Cualquier persona decente la habría seguido y le habría intentado convencer de que estaba haciendo una locura.

Pero él no era decente. Primero, la había llevado contra su voluntad, y cuando estaba en el lugar más perdido ya lejano, le había provocado para que se marchara.

La había puesto en peligro adrede, como había hecho el día anterior, cuando la había abandonado entre la niebla.

Aquella idea le dio más fuerzas para no volver. Tendría que valerse por sí misma.

No había salido nunca de su hogar, ella era una persona para estar entre cuatro paredes investigando, no era una aventurera, pero si tenía que convertirse en alguien osado, lo haría.

Entendía de plantas, sabía cuales eran comestibles. Podía aguantar varios días con lo que había comido y con las bayas comestibles que, seguro, encontraría en el camino. Y de esa manera, andando y andando, llegaría a algún sitio medianamente civilizado. Encontraría personas amables que le acercarían a un lugar en el que pudiera coger una diligencia que la llevara de vuelta a casa.

Estos pensamientos le infundieron fuerza y ánimo y empezó a andar a mayor ritmo, sonriendo incluso.

Como era inexperta en esas lides, no se le pasó por la mente ninguno de los posibles peligros a los que podía tener que enfrentarse.

A la aparición de alimañas hambrientas.

A la posibilidad de un accidente por un mal paso y que se rompiera un hueso y eso le impidiera andar.

A la llegada de la noche y el frío.

O a lo que finalmente pasó.

Capítulo 34

En el cielo, de repente, se cruzó una luz brillante e, inmediatamente, un ruido profundo llenó todo.

Un trueno.

Dos segundos después, un aguacero cayó sobre ella, empapándola en el acto.

Capítulo 35

Empezó a temblar de frío y de miedo.

La temperatura había bajado en el acto y, al estar mojada, la de su cuerpo aún bajó más rápidamente.

Y los rayos y truenos empezaron a caer a su alrededor con una virulencia y una persistencia como no había vivido nunca.

Y entonces, sí, todas las posibilidades horribles que cuando había huido no se le habían pasado por la cabeza, se le presentaron de golpe.

Pensó en alimañas y accidentes, pero, sobre todo, pensó en morir de frío o, más probable aún, atravesada por un rayo.

Tuvo un momento fugaz de instinto de supervivencia, miró alrededor, buscando refugio, pero no había nada más que un páramo cubierto de hierba alta y matas de brezo. Ni un solo sitio en el que refugiarse, ni siquiera bajo un árbol, ya que el único árbol que había visto cerca era el que había abandonado con Hamish a su sombra.

Alguna vez había pensado en cómo sería su muerte, pero nunca había imaginado que pudiera ser al aire libre, en medio de una tormenta.

Le pareció aterrador.

Y el cielo se oscureció aún más, pareciendo casi de noche, aunque era aún el mediodía. Y un nuevo rayo cruzó el cielo, en decenas de ramificaciones, y el trueno que vino a continuación fue el más fuerte y espeluznante de todos.

Y, aunque pareciera imposible, otro sonido se abrió paso y llegó a sus oídos.

El relinchar de un caballo.

Alzó la mirada hacia el lugar del que había provenído, pensando que sería un espejismo,
una imagen de la muerte a caballo, quizá.

Pero no.

Era Hamish, cabalgando hacia ella.

Capítulo 36

Llegó a su altura cuando un nuevo rayo, aún más cercano que el anterior, volvió a iluminar el cielo. Paró el caballo casi a su altura, haciendo que el animal levantara las patas delanteras a escasos centímetros de ella, pero no sintió miedo. Por un lado, Hamish había calculado bien la distancia y no la había puesto en peligro, y, por otro, era Hamish.

Ya nada malo le iba a pasar.

Lo supo y sintió tal alivio que sus ojos se llenaron de lágrimas.

De alivio.

De agradecimiento.

Pero mientras ella se emocionaba, él no había estado quieto. Había descabalgado, obligado al caballo a tumbarse y, finalmente, se había acercado a ella.

—Estoy aquí, Fiona —le dijo tan solo, con su voz grave. Y la abrazó.

Sí, la abrazó.

No era un abrazo sensual ni de amistad siquiera, era un abrazo de protección, como lo había sido la frase que acababa de decirle. Y así lo sintió ella.

Aunque también sintió más cosas.

Sintió que ya no tenía miedo. Sintió que todo estaba bien y todo iba a estar bien.

Sintió que no había peligro.

Y sintió paz, alegría y perfección.

Y entonces otro rayo apareció, pero esta vez no se limitó a iluminar el cielo con sus ramificaciones eléctricas, sino que tocó la tierra, a menos de diez metros de donde estaban ellos.

Y Fiona gritó y Hamish, en un gesto rápido, echó algo que tenía en la mano sobre la

tierra y, sin soltar su abrazo, la tumbó, se tumbó a su lado y la cubrió.

Capítulo 37

Fiona tardó unos segundos en entender qué había ocurrido.

Lo que Hamish había tenido en la mano era una especie de manta impermeable que primero había extendido sobre el suelo y, cuando se habían tumbado ellos encima, había utilizado la parte sobrante para envolverse en ella y estar perfectamente impermeabilizados ante el aguacero que caía sobre ellos.

Aunque estaba empapada, el calor del cuerpo de Hamish le estaba permitiendo sentir calidez y tibieza y ya no temblaba.

—Tenemos que estar así porque es la manera de no atraer los rayos hacia nosotros.

Le dijo él al oído.

Todo había sido demasiado rápido, había pasado de estar a punto de morir a estar entre los brazos de Hamish

El cuerpo de Hamish era grande y fuerte, pero también era cálido y acogedor. Olía bien, olía a hombre, pero también a aire limpio y a naturaleza. Mientras, el sonido de los truenos retumbaban a su alrededor y la luz de los relámpagos iluminaba todo, ella se sentía en el paraíso.

¿Cómo podría ser que un hombre que le había parecido un salvaje desde el primer momento le provocara aquellas sensaciones y sentimientos?

En ese momento un nuevo trueno, más potente que los anteriores, paró sus pensamientos de golpe e hizo que se pegara más a él.

—Tranquila, aquí no corremos peligro.

La voz grave y pausada de Hamish obró el milagro y se tranquilizó de nuevo.

El agua seguía cayendo sobre sus cuerpos, pero al estar tapados por la lona impermeable,

tan solo la notaban como una caricia.

Siguieron cayendo truenos y la iluminación que producían los rayos siguió llenando todo, pero Fiona, totalmente encajada en el cuerpo protector de Hamish, dejó de pasar miedo y, en su lugar, empezó a sentirse bien.

Mejor que nunca.

Sintió que estaba en el lugar correcto con la persona correcta.

Su lugar.

¿Su persona?

La tormenta se mantuvo sobre sus cabezas un buen rato, pero, poco a poco, los rayos se fueron espaciando y los truenos también. Y en un momento dado, todo paró.

Tardaron aún un rato en moverse, hasta que una claridad diferente, luminosa y persistente, empezó a inundar todo.

Finalmente, el canto de unos pájaros lejanos y el relincho del caballo hicieron que empezaran a moverse.

Despacio, con mucha calma, como si en realidad no quisieran dejar de estar abrazados.

capítulo 38

La tormenta había parado y en su lugar el cielo lucía en aquel momento sorprendentemente azul. De hecho, era la primera vez que Fiona lo veía así.

Ambos estaban de pie y el caballo también se había levantado.

Aunque Fiona aún tenía la ropa muy húmeda, y Hamish seguramente también, con los rayos de sol sobre ellos, pronto estaría seca.

Estaban en la misma situación que antes de que ella huyera de él: en un páramo perdido, a expensas de lo que él quisiera hacer con ella, contra su voluntad...

Pero no, esto no era cierto, parecía que estaban igual, pero, en realidad, todo había cambiado.

Él había cambiado.

Ella había cambiado.

—¿Qué quieres hacer, Fiona? No voy a retenerte más ni dejarte sola si quieres volver, te acompañaré. ¿Quieres volver?

Lo dijo mirándola con gravedad y también con sus ojos empañados de una expresión que ella no supo interpretar.

Aquel no era el Hamish maleducado y rudo que ella había conocido. El tiempo que habían pasado abrazados bajo la tormenta había producido un cambio en él y ahora se mostraba caballeroso y dispuesto a cumplir lo que ella quería.

¿Lo que ella quería?

No, ya no era lo que ella quería

Eso también había cambiado.

No.

Esa era la respuesta que quería darle a su pregunta.

No quería volver, quería quedarse allí, en aquellos páramos, en la naturaleza, sabiendo que nada malo le iba a pasar mientras él estuviera a su lado.

Y, sobre todo, quería volver a estar entre sus brazos fuertes y cálidos al mismo tiempo.

Siempre.

Sin embargo, las palabras que salieron de sus labios fueron las contrarias a las que le quería decir.

—Sí, claro que quiero volver.

Capítulo 39

Volvían mucho más despacio de lo que lo habían hecho cuando habían salido del castillo.

Era la primera vez que Fiona veía el sol en Escocia, porque después de la tormenta el cielo se había quedado inusualmente despejado y tan solo algunas nubes lejanas, como de algodón, interrumpían el azul intenso.

El aire también estaba limpio y tanto los pájaros, que se hacían notar con sus cantos, como las flores, que parecían haber intensificado más sus colores, daban a todo un aspecto celestial.

Era todo tan bonito que Fiona se emocionó..., aunque realmente lo que más le estaba afectando era notar a Hamish a su espalda.

Después de haber estado abrazados bajo la tormenta, su presencia física aún le afectaba más.

¿Cómo podía ser que aquel bruto le proporcionara uno de los mejores momentos de su vida?

Esa era su pelea interna y eso era lo que le había provocado para decirle que quería volver.

Cualquier otra respuesta no habría hecho más que demostrarle a Hamish que ella estaba bien con él. Y eso no podía consentirlo.

Aunque fuera verdad, no podía darle aquella victoria.

Y ella tampoco podía aceptarlo.

Necesitaba despegarse de él lo antes posible. Irse de Escocia para no volver nunca más.

Olvidar a Hamish McKenzie.

Volver a ser la chica cerebral y responsable que siempre había sido.

Capítulo 40

A pesar de ir mucho más despacio, finalmente llegaron al punto de partida antes de que anocheciera.

La primera señal de que estaban cerca fue la torre más alta del castillo, que se recortó contra el cielo cuando terminaron de subir una loma. Ahí estaba el castillo de los McKenzie, con los mismos muros fuertes llenos de musgo, las ventanas con vidrieras polvorientas, que habían conocido tiempos mejores, y la vegetación creciendo salvaje a su alrededor.

La misma impresión de semiabandono que había sentido dos días atrás..., pero solo en un primer segundo, enseguida Fiona vio otra cosa.

Vio una construcción fuerte y poderosa, vio que las señales del paso de los años, de los siglos, no eran símbolo de su decrepitud, sino de lo contrario: era un edificio que llevaba cientos de años manteniéndose en pie, fuerte, desafiante, sin daños importantes.

Era, como su dueño, un edificio imponente.

Fiona sintió, durante un segundo, algo parecido a lo que había sentido abrazada a Hamish: que el edificio estaba hecho de alguna manera para ella. Que la protegería como la había protegido Hamish.

Fue un instante tan solo, así que el desconcierto por sentir aquello apenas duró. Ocurrió algo que la sacó completamente de sus pensamientos y le hizo centrarse en algo insólito.

El sonido de gritos varoniles, fuertes, algunos alaridos.

Pero no eran gritos de terror o ira, sino gritos de alegría, porque también sonaban risas. Muchas.

Siguiendo el rastro de los gritos, Fiona descubrió qué ocurría: cuatro o cinco hombres

estaban metidos en el estanque del que había salido Hamish el día que había llegado. Los hombres se empujaban contra el agua, se reían, saltaban y salpican como si fueran niños de cinco años, pero ninguno de ellos tenía menos de treinta años. Alguno estaba gordo, otros habían entrado claramente en la sexta década de su vida, todos estaban medio desnudos, sin camisa ni zapatos, aunque todos conservaban el kilt y le estaban ahorrando a Fiona ver sus partes íntimas.

Era una escena difícil de creer ¿Qué hacían aquellos hombres allí? ¿Por qué Hamish no decía nada?

Porque ese era otro motivo de asombro, Hamish continuaba dirigiendo su caballo hacia la entrada del palacio sin alterar su marcha en absoluto, con la misma tranquilidad y parsimonia que llevaba desde que habían avistado la torre del castillo.

La curiosidad pudo más que la prudencia y Fiona se giró a mirarle. Lo que vio confirmó que para él, por asombroso que pareciera, no había nada raro en lo que estaba ocurriendo ante sus narices. En sus propiedades.

Tenía una expresión tranquila, un poco seria, pero en absoluto alterada. De hecho, lo que le hizo alterar un poco la expresión fue que ella le mirara. Llevaban mucho tiempo pegados uno al otro, el tiempo que habían estado bajo la manta impermeable y también el tiempo que llevaban cabalgando, pero el contacto entre sus ojos, tan de cerca, hizo que el corazón de Fiona se volviera a acelerar: la presencia física de Hamish McKenzie le alteraba en cualquiera de sus formas.

Hamish mantuvo la calma:

—Por esto te saqué de aquí, Fiona.

Le dijo él de manera misteriosa, sin aclarar nada.

Y en ese momento, una voz conocida llamó su atención, gritando sus nombres:

—Hamish! , ¡Fiona!

Lady McKenzie, en la puerta del castillo, ataviada con un vestido de tela de tartán rojo y verde, los saludaba con el brazo en alto.

Capítulo 41

Hamish siguió llevando el caballo al mismo ritmo lento, sin alterar su marcha, como si no hubiera visto a su madre y sus señas para que se acercaran rápidamente, pero al final llegaron.

En ese momento, un criado se acercó a sujetar las riendas del caballo, Hamish descabalgó y ayudó a Fiona a bajar del caballo, y solo cuando los dos estaban ya sobre el suelo dio un par de pasos y se acercó a su madre, que los esperaba en lo alto de las escaleras con los brazos en jarras:

—Veo que has entrado en razón, hijo.

—Hola madre ¿todo va bien?

Fiona había subido las escaleras tras Hamish y se había situado un par de pasos tras él, alejándose lo más posible de lo que, claramente a pesar de las palabras aparentemente suaves, era un duelo entre madre e hijo.

—No quiero saber qué ha pasado. No quiero saber por qué habéis desaparecido ambos. Lo importante es que ya estáis aquí y los juegos aún no han empezado. Además, —terminó poniendo una expresión pícaro —habéis estado juntos y eso es fantástico —Y terminó sonriendo con expresión de victoria y mirando a su hijo, que se limitó a levantar la ceja.

Fiona no estaba entendiendo nada. No sabía a qué juegos se refería Lady McKenzie y , peor aún, ¿por qué le parecía bien que hubieran estado ella y Hamish juntos?

Orla McKenzie pareció darse cuenta de su desconcierto y le aclaró algo:

—Son los juegos de las Highlands, querida.

Pero, en realidad no le había aclarado gran cosa:

—¿Los juegos de las Highlands?

—Sí querida, es la temporada de los juegos, se celebran muchos alrededor de todas las Highlands, pero lo más impresionantes son los que se celebran en nuestras tierras. ¿Verdad, Hamis?

—Exageras, madre —contestó él con tono irónico.

Volvían a enzarzarse en su duelo particular madre e hijo, dejándola a ella en segundo plano, ignorante de lo que estaba ocurriendo, pero fue solo un instante, enseguida Orla volvió a ocuparse de ella.

Y a darle más información.

—Es un día de competiciones deportivas entre hombres de distintos clanes. Se celebran en diferentes lugares, pero este fin de semana toca en nuestras tierras. Por eso habrás visto que ya tenemos invitados por todas partes. Para nosotros es el acontecimiento más importante de todo el año, no sabes cuánto me alegro de que estés aquí para verlo.

Fiona esta vez entendió. Era la primera vez que oía hablar de aquel tipo de juegos, pero supuso que se trataría de la típica fiesta en la que los hombres se retaban en pruebas de fuerza y habilidad y bebían y comían en abundancia.

En los pueblos de los alrededores de Londres se celebraban eventos parecidos, ella no había tenido interés en acudir a ninguno de ellos jamás. Y ahora tampoco lo tenía. Una vez de vuelta en el castillo, Hamish ya no podía retenerla. Y Orla McKenzie siempre había sido encantadora con ella, así que decidió no perder tiempo y aprovechar lo que Orla acababa de decirle para exponerle sus planes.

—Lamentablemente, Orla, no me voy a poder quedar, ya he concluido la labor que he venido a hacer aquí. Gracias a la ayuda de Hamish, he recogido suficiente brezo como para trabajar años seguidos con él. Me gustaría irme hoy mismo o, a mucho tardar, mañana por la mañana temprano.

Orla no cambió un ápice su expresión amable y el tono de su voz al dirigirse a ella fue también, igual que siempre, suave y amable. Pero la respuesta no fue la esperada.

—Lamentablemente, Fiona, eso no va a poder ser. Tienes que pasar con nosotros todos

los juegos.

Fiona miró a Hamish instintivamente, ya que, aunque la forma había sido exquisita, el fondo no dejaba ni una duda: Orla acababa de prohibirle irse.

Hamish se limitó a mirarla con su ceja levantada y una expresión que parecía decir: “te lo dije”

Aunque no le había dicho nada.

Capítulo 42

Después de su frase claramente imperativa, a pesar de estar envuelta en buena educación, Orla McKenzie había intentado suavizar lo que había sonado como una orden, diciéndole a Fiona que durante los juegos era imposible encontrar transporte para llevarla a Inverness:

—Todos los hombres de 100 millas a la redonda están aquí, en nuestras tierras, Fiona. No vas a encontrar a nadie que te lleve. Tendrás que esperar a que los juegos acaben. O alguna semana más.

La última frase, que ya no tenía sentido, la había dicho sonriente, pero a Fiona le había sonado a amenaza.

Acababa de volver de un secuestro, el de Hamish, tan solo para encontrarse con otro, el de Orla.

Era cierto que no se trataba de secuestros propiamente dichos, que la trataban bien, pero no le estaban dejando hacer lo que ella quería, que era marcharse para siempre de aquel lugar y, sobre todo, dejar de ver a Hamish McKenzie.

En vez de eso, iba a tener que pasar al menos dos días más junto a él. Esperaba que los malditos juegos aquellos le mantuvieran lo suficientemente entretenido como para no verle apenas.

Una esperanza que, para empezar, se tornó estéril:

—En una hora tendremos la cena de gala de bienvenida, tienes poco tiempo para prepararte y ponerte guapa. He hecho que la doncella te deje un vestido apropiado, por cierto.

Y acto seguido, sin darle opción a contestar, se giró hacia unos hombres que acababan de

llegar a lo alto de la escalinata, un grupo formado por tres hombres de mediana edad y uno, al frente, mayor, de la edad de la propia Orla.

Los tres pelirrojos.

—Alastair Russell, dichosos los ojos, ¡cuánto me alegro de que hayas traído a tus muchachos para perder contra los míos!

El hombre, que le sacaba a Orla una cabeza entera, era incluso más alto que Hamish, soltó una carcajada y luego se puso a hablar animadamente con Orla.

Ninguno de ellos le hizo caso a Fiona, que se sintió frustrada por toda la situación.

Nunca en su vida había montado un escándalo, pero le dieron ganas de hacerlo. Sin embargo, toda su furia se desvaneció cuando notó que alguien la agarraba del brazo.

Era Hamish. Se había acercado a ella por detrás y había pasado su brazo por el de ella:

—Fiona, ven , te acompaño a tu habitación.

Su voz le tranquilizó. Era curioso, pero las tornas habían cambiado totalmente, ahora era Orla McKenzie quien le parecía maleducada y peligrosa, mientras que Hamish se había convertido en una especie de protector de ella.

Durante unos segundos, claro, porque en cuanto entraron en el castillo, toda la rabia que estaba sintiendo por la situación y la frustración por no poder irse, la descargó en él.

—Déjame en paz —fue lo primero que hizo, soltándose de él —tú y tu madre sois unos salvajes.

Y comenzó a subir las escaleras hacia su habitación sin mirar atrás.

Hamish no la siguió, se quedó tan solo mirándola con una sombra en su mirada.

Capítulo 43

Fiona llegó sofocada a su habitación. Habían pasado menos de doce horas desde que había salido de ella, pero la persona que volvía ya no era la misma.

Cuando había salido, esa mañana temprano, quería hacer una buena obra como colofón a lo que le había parecido un error: su viaje a Escocia, para luego desaparecer para siempre.

Ahora, no solo no había conseguido desaparecer, sino que la única persona que había sido amable con ella, Orla McKenzie, se había quitado lo que estaba claro que era una máscara y se había mostrado tan bruta como su hijo.

Y Hamish, por otro lado, como si hubiera cambiado papeles con su madre, era mucho más amable con ella.

Pero lo peor no era eso, lo peor era que Hamish le afectaba de una forma brutal, de una forma que nunca hubiera creído que a ella le podría suceder y, o se largaba de aquel sitio pronto, o no respondía de lo que podía acabar haciendo.

Unos minutos antes, precisamente, se había soltado con fuerza de él y le había respondido de manera muy poco educada, dejándolo plantado, precisamente para huir de lo que había estado a punto de hacer.

Abrazarse a él.

Una locura que no habría podido explicar de ninguna manera.

Pero es que el tiempo que habían pasado abrazados bajo la manta impermeable y la vuelta a caballo, sintiendo el cuerpo cálido y protector de Hamish a su espalda, había hecho que una unión invisible entre ellos se estableciera.

No sabía si Hamish sentía lo mismo o no, suponía que no, pero ella nunca se había

sentido tan bien cerca de nadie, tan protegida, ni siquiera con su amado padre y, lo peor de todo, su cuerpo le pedía continuar. Pegarse a él.

Y no separarse nunca.

Cuando esta última idea apareció en su mente, Fiona se regañó a sí misma en alto:

—¡Basta ya, Fiona! —se dijo, mirándose ceñuda al espejo — vas a pasar de la mejor manera posible estos días y luego vas a volver a Londres con la cabeza bien alta por haber resistido esos instintos animales que no te pueden llevar a nada bueno —terminó, ya con la energía en su punto máximo y convencida de que podría hacer lo que acababa de decirse.

Un hombre a su lado no le interesaba. Eso lo había sabido siempre: dedicarse a lo que le apasionaba era incompatible con un matrimonio y la crianza de niños, que, sin duda, vendrían.

Pero menos aún le interesaba tener a su lado un hombre como Hamish: ¡¡Por dios, si se bañaba desnudo en el estanque bajo un aguacero!!

No había nada menos racional que eso.

Y ella era una persona racional.

Eso sí, tendría que prepararse muy bien para afrontar lo que iba a venir los días siguientes, sobre todo lo que iba a venir esa noche: la cena.

Solo entonces, cuando recordó aquello, se fijó en lo que había encima de su cama: un vestido.

Lo que le había dicho Orla McKenzie era cierto: le había dejado ropa preparada. Era tan invasiva que no le dejaba ni ponerse su propia ropa, pensó Fiona, disgustada de nuevo

Pero tampoco demasiado, ya que el vestido extendido sobre la cama era llamativo y... bonito.

Y, sobre todo, era escocés. Muy escocés.

Ella conocía el tartán escocés, ya que en Londres también se comercializaba, aunque fuera algo peculiar. Sabía que había colores diferentes y que estos variaban según el clan, pero nunca se había fijado ni le había importado ese tema.

Pero ahora se dio cuenta de que el dibujo de la tela de su vestido no era desconocido para

ella. Ya lo había visto antes: en la falda de Hamish.

Y hacía un momento, en la banda de tela que cruzaba el pecho de Orla McKenzie.

No es que Orla la hubiera obligado a vestirse de escocesa, es que le había obligado a vestirse como si fuera miembro de su clan.

Y aquello le dio muy mala espina.

¿A qué venía aquello?

Ella no era una McKenzie ni lo iba a ser nunca. Llevaba poco más de 48 horas viviendo entre ellos, y ¿ya la vestían como si formara parte del clan?

Pero tenía demasiados problemas que gestionar, así que esta vez buscó una explicación que le permitiera apartar el asunto de su mente.

Pensó que Orla McKenzie lo habría hecho como sello de posesión: ella estaba viviendo en su castillo y mientras estuviera en él, formaba parte del clan. Si, viendo lo posesiva y mandona que era, aquello encajaba, así que decidió vestirse y no pensar más en el tema.

De hecho, estaba deseando bajar a cenar ya, cuanto antes empezara, antes acabaría.

Se puso por tanto el vestido, que sobre su cuerpo quedó aún más espectacular que sobre la cama.

El corte del vestido marcaba mucho la cintura y ella, como la tenía estrecha, encajaba perfectamente en él. El color rojo era perfecto y hacía que su piel blanca pareciera que irradiaba luz, y su cabello oscuro terminaba de coronar la impresión magnífica.

Fiona nunca había hecho caso de su vestimenta, le gustaba ir cómoda y tener muchos bolsillos donde meter los instrumentos que utilizaba en el laboratorio, en cualquier caso, pensaba que no era demasiado guapa y , aunque se hubiera esmerado en su aspecto personal, no destacaría.

Aquello se demostró falso cuando se puso ese vestido. Quizá no era la mujer más bella del mundo, era cierto que tenía el labio superior un poco levantado, y el ceño siempre un poco fruncido (no de enfado, sino de concentración en sus experimentos) , pero con ese vestido casi lo parecía.

Por primera vez Fiona se vio atractiva y... deseable... por Hamish...

—¡¡¡Acabemos con esto!!! —volvió a hablarse en alto cuando se dio cuenta de que sus pensamientos le habían vuelto a hacer caer en la trampa de su deseo animal por Hamish. Por suerte, en el comedor no habría ningún espejo que le devolviera su imagen y le hiciera intentar alguna tontería.

Capítulo 44

No, en el comedor no había espejos, pero estaba lleno de otros objetos y, sobre todo, muchas personas.

La única vez que había cenado allí, el día de su llegada, el lugar le había parecido un poco lúgubre y no muy grande, pero esta vez la impresión fue la opuesta, como si fuera otro lugar.

Estaba todo lleno de teas y velas encendidas lo que le daban al lugar una luminosidad espectacular y misteriosa al mismo tiempo. Y, por otro lado, la mesa central le pareció enorme y contó no menos de 50 platos.

¡¡¡Se iban a reunir 50 personas!!!

En ese momento, de hecho, ya había un buen puñado de ellas, la mayoría hombres, aunque también alguna mujer. Todos vestían ropas hechas con tartán, muchos de ellos, con los colores del clan McKenzie, como ella, otros, con colores diferentes, o sea, serían de clanes rivales a los que se enfrentarían en los juegos al día siguiente.

Cada vez fueron entrando más y más personas, hasta que en medio de un grupo formado solo por hombres, apareció Orla:

—Esta es, Finlay —Le dijo al hombre que iba a su lado, vestido con el mismo tartán que ellas.

Orla la había señalado a ella, pero sin hacer las presentaciones oportunas.

El tal Finlay, un hombre de la edad de Orla y pelirrojo, como, por cierto, eran la mitad de las personas que había allí, se la quedó mirando con interés.

Con demasiado interés.

De hecho, se la quedó mirando de la misma manera que ella miraba a través del microscopio las plantas que recogía.

Y luego soltó un incomprensible:

—Y encima es lista.

—Claro que es lista —respondió Orla, con tono orgulloso.

Y Fiona ya no se sintió una planta al microscopio, sino un caballo a punto de ser vendido en el mercado.

Pero ¿vendido a quién?

¿Qué estaba pasando ahí?

Entonces, en ese momento, volviendo a comportarse como un caballero, apareció Hamish de la nada, volvió a agarrarla del brazo y, mirando a su madre, le dijo:

—Fiona y yo vamos a dar un paseo por el salón.

Amable, pero autoritario.

La respuesta de Orla no hizo más que acrecentar el misterio.

—Así me gusta Hamish, y vete presentándola a los demás.

Hamish soltó un bufido bajo, pero no dijo nada y agarró a Fiona del brazo.

Esta vez Fiona no se despegó de él. Se sentía en la boca del lobo y estaba claro que el único que parecía querer protegerla era Hamish. Y también era el único que podía explicarle qué estaba ocurriendo.

Así que se dejó llevar con la intención de interrogarlo en cuanto se quedaran mínimamente tranquilos.

Pero no les estaba resultando fácil conseguirlo.

Porque, de repente, un montón de personas empezó a acercarse a ellos.

—Hola Angus, sí ella es Fiona —le dijo Hamish a un hombre largo y flaco de poco pelo, que le había dicho a él algo al oído, pero sin quitarle ojo a ella.

—Enhorabuena —escuchó entonces Fiona una voz femenina a su derecha. Se giró y vio a una mujer oronda, vestida con un vestido de tartán verde y amarillo.

¿Les había dicho enhorabuena a ellos?

—Aún es pronto Orla —le contestó Hamish, serio.

Al final, después de saludar a otros tantos Fergus, Agnus y Orlas (¿todo el mundo se llamaba igual?), Hamish logró llevar a Fiona a una esquina tranquila en la que pudieron quedarse solos.

Y Fiona no perdió ni un segundo en preguntar:

—¿Se puede saber qué está pasando?

Y entonces Hamish por primera vez mostró turbación en su rostro.

Y luego dijo:

—Hubiera preferido que te lo dijera ella, que es quien lo ha organizado, pero, como siempre, me ha dejado el problema a mi.

Capítulo 45

—¿Qué problema?

Se habían quedado mirándose, él con cara de circunstancias, ella, con una interrogación en la mirada, durante unos segundos, hasta que ella había soltado la pregunta.

Pero a Hamish le estaba costando contestar. Fuera lo que fuera lo que había organizado Orla McKenzie, estaba claro que para Hamish era algo difícil de explicar.

Encima, para terminar de complicar las cosas, una pareja pasó por su lado y los vio.

Se trataba de uno de los escoceses que habían estado jugando en el estanque y una de las criadas del castillo. Estaba claro que estaban buscando un sitio tranquilo, igual que habían hecho ellos, aunque por razones distintas.

Lo peor fue que los vieron y el hombre acabó soltando una frase.

—¡¡Los tortolitos!!

Lo dijo de pasada, ni se detuvo, estaba claro que le interesaba mucho más la criada que corría delante de él con expresión pícara. Pero lo había soltado.

Y aquello tenía una sola explicación.

—¿¿Los tortolitos??

Ahora Fiona miró a Hamish con el ceño fruncido, empezaba a vislumbrar por dónde podían ir las explicaciones. Aquello sirvió para que Hamish, finalmente, hablara claro:

—Por eso te llevé fuera de aquí, Fiona. No fue un secuestro, sino un intento de protegernos a ambos.

—Explícate —le dijo Fiona sin darle tregua.

—Mi madre tiene esto organizado en su mente desde el día que recibió tu primera carta.

Y luego, cuando aceptaste venir, lo organizó ya plenamente. Les ha dicho a todos que estamos a punto de comprometernos, con la idea de que nos sintamos presionados y , al final, aceptemos el compromiso.

—Pero..., pero..., empezó a repetir Fiona, sin ser capaz de avanzar —No entiendo.

—Si, es difícil entender a Orla McKenzie, creo que solo es posible estando dentro de su cabeza. En cualquier caso, algo le entiendo —dijo él en tono resignado, antes de continuar —Soy el hijo único de mi madre y heredero del Clan McKenzie, conseguir un buen matrimonio es algo primordial. Es, de hecho, lo más importante dentro de la labor de una madre, según piensa ella.

—Si, bien, eso lo entiendo, pero ¿con una desconocida?

—Sí, ahí es donde entra la particularidad de Orla. Ella tiene la teoría de que hay que mezclar la sangre, que los escoceses llevamos siglos casándonos entre nosotros, lo cual es cierto, y que hace falta sangre nueva. Cuando le escribiste y vio tu nombre decidió que eras la candidata perfecta: escocesa de origen lejano, con suficientes años fuera de Escocia y suficientes matrimonios mezclados como para asegurarse esa renovación .Por lo que tengo entendido, investigó un poco para cerciorarse.

Fiona se quedó un momento pensando hasta que reaccionó:

—Es cierto, en las cartas que intercambiamos me hizo varias preguntas sobre mis abuelos y mis padres, sobre mi relación con Escocia..., entonces me pareció tan solo sincero interés.

—Era sincero interés —Respondió Hamish, irónico.

Fiona volvió a quedarse pensativa, hasta que volvió a hablar, alterada.

—Pero... ¡¡ella no puede obligarme a casarme contigo!!

—Claro que no, Fiona y a mí tampoco, por mucho que sea su hijo. Su forma de actuar no es esa. Ella solo ha organizado el escenario y ha contado una pequeña mentirijilla, que es como la llama ella. Su esperanza es que la fuerza del destino acabe el trabajo que ha empezado ella.

—¿Te parece una pequeña mentirijilla decir que estamos comprometidos?

—Bueno, para ser honestos no ha dicho eso, ha dicho que estamos a punto de estar

comprometidos.

—¿Y a ti te parece bien todo esto?

—Claro que no me parece bien, Fiona, pero llevo toda la vida lidiando con mi autoritaria madre y tengo mis propias armas. Te aseguro que he intentado que todo se estropeará desde el minuto uno, pero lo cierto es que tu no has ayudado mucho.

Fiona se quedó pensativa.

—No entiendo.

—Te recibí desnudo en el estanque bajo la lluvia adrede. Fui rudo y desagradable contigo, adrede.

—¡¡Me dejaste sola bajo la niebla adrede, poniéndome en peligro!!

—Ya te dije, Fiona, que nunca me separe más de dos metros de ti y nunca estuviste en peligro. Simplemente, estabas tan asustada que no me sentiste a tu lado ¿Cuándo te he dejado yo en peligro?

Fiona sintió que le faltaba aire. Hamish acababa de poner en palabras lo que ella sentía con él: una seguridad extrema, la sensación de estar en lugar seguro.

Todo lo que le estaba contando estaba haciendo que el puzzle empezara a encajar. Que todo lo que le había desconcertado desde que había llegado, tuviera una explicación.

Hamish no era un bruto sin educación por el que sentía una atracción incompresible, simplemente había interpretado el papel de bruto para que su madre no se saliera con la suya, pero nunca había querido dañarla a ella.

Eso complicaba y mucho la determinación que tenía Fiona de largarse de aquel lugar cuanto antes y de desaparecer de la vida de Hamish, así que decidió centrarse en lo único que aún no encajaba del todo. Y que dejaba a Hamish en muy mal lugar.

—Entonces, ¿por qué no me dejaste marchar el día que fui a liberarte?

—Fiona, ¿huir con el lechero? ¿De verdad tú crees que habrías llegado muy lejos? Para empezar estoy segura de que mi madre ya lo sabía y no te habría dejado ni salir del castillo.

—Sí, lo sabía —admitió ella, cabizbaja, recordando lo que le había dicho Penny.

—Claro. Ella no te habría dejado marchar, como ha hecho hoy. Mi madre lo tenía todo orquestado para que acabaras enamorada de mi y su “pequeña mentirijilla” se convirtiera en realidad y no iba a permitir que el lechero te sacará de aquí.

”Para que acabaras enamorada de mi”.

Cuando Fiona escuchó esa frase, se puso roja como la grana, una reacción que no hizo más que turbarle más, por lo evidente que era.

No, no estaba enamorada de Hamish MacKenzie, pero le gustaba muchísimo, y lo último que quería era que él se diera cuenta. Y menos aún, sabiendo que aquello significaba caer en la trampa que había orquestado Orla McKenzie.

Pero Hamish, en vez de hacer referencia a su turbación, continuó hablando.

—Te llevé a los páramos para que pasaran los juegos, que es donde más iba a influir mi madre y donde más presión ibas a sentir. La idea era volver cuando estuvieran acabados y mi madre ya se diera por vencida. Pero tú lo sentiste como un secuestro y yo no quería eso. Por eso hemos vuelto, ahora tendremos que lidiar con mi madre y su plan, algo que no será fácil.

—Pero Hamish —empezó Fiona, dándose cuenta de que tanto Hamish como ella estaban intentando conseguir lo mismo: que los planes de Orla no se cumplieran —Eso no tiene por qué ser difícil, no tenemos más que decir que ni estamos comprometidos ni estamos a punto de estarlo.

Hamish se quedó mirándola, levantó un dedo y lo dirigió hacia la parte del comedor donde estaban reunidos la mayor parte de los asistentes, se oía casi como un rugido:

—¿de verdad te parece fácil decir eso ahora delante de todos?

Fiona imaginó el comedor lleno de barbudos y fuertes escoceses, acompañados de sus no menos fuertes mujeres. Todas, versiones de Orla Mckenzie.

—No... —dijo finalmente, dubitativa.

—Con eso cuenta ella, precisamente, con la presión que podamos sentir ambos. Es difícil negarlo delante de tanta gente, es ponernos en un aprieto. Ella se ha encargado de que todo el que

venga a los juegos esté informado y ha dado por supuesto que ni tú ni yo lo vamos a negar, dado el escándalo posterior.

Fiona suspiró. Hamish tenía razón, no iba a ser fácil enfrentarse a lo que todo el mundo daba por supuesto. Además, Orla no había mentido propiamente dicho, ya que había dicho que “estaban a punto de comprometerse”. ¿Qué iban a negar? ¿Que no? No se puede negar algo que no ha sucedido...

Y entonces Fiona vio la solución.

—Hamish, de todas formas da igual lo que piensen, tú y yo no vamos a comprometernos.

—Si, esa era también mi teoría, pero mi madre está convencida de que la presión externa, unida a los maravillosos paisajes y el ambiente de los juegos harán que tú y yo nos enamoremos.

—Eso es una tontería...

Fiona dejó la frase sin terminar. Había empezado a responder enérgicamente, pero al mirar directamente a los ojos de Hamish, se quedó sin palabras.

No estaban al aire libre, rodeados de maravillosos paisajes, los juegos aún no habían empezado y nadie a su alrededor les estaba presionando, ya que estaban solos, pero Hamish McKenzie le atraía como nadie le había atraído nunca antes y, de repente, se vio incapaz de negarlo.

Él, además, la estaba mirando de nuevo con aquella expresión indescifrable, pero intensa y profunda.

¿Tendría razón Orla McKenzie?

Capítulo 46

El sonido de varios instrumentos de cuerda interrumpió el momento que se había dado entre los dos, además, inmediatamente, un gran revuelo se armó a su alrededor, lo produjeron un montón de personas que fueron pasando a su lado hacia la zona del comedor:

—Tenemos que volver, Fiona, la cena va a empezar y, como anfitrión, debo estar ahí — y nada más decirlo se puso en marcha, dándole la espalda, en un gesto no muy educado.

A Fiona no le importó, había quedado tan turbada con lo que acababa de pasar, que casi agradeció aquella actitud de Hamish. De hecho, disminuyó su paso para que él fuera alejándose de ella y así poder sentarse en la mesa en un lugar apartado de él.

No resultó difícil, ya que a medida que iban llegando al gran comedor, había cada vez más personas y muchas de ellas se acercaban a él.

Fiona llegó al gran comedor sola y vio por el rabillo del ojo que Orla McKenzie estaba entretenida hablando con un par de mujeres vestidas con tartanes del mismo color que el suyo. Era la ocasión perfecta para que ella pasara desapercibida.

Aprovechó que todos estaban muy entretenidos, para buscar un sitio discreto en la mesa. Un sitio desde el que pudiera escabullirse en cuanto pudiera.

Y lo encontró: en un extremo de la gran mesa que ocupaba todo el comedor, tras una columna y situado estratégicamente al lado de una puerta. Era seguramente el peor sitio de todos, el lugar en el que sentarían a la persona más insignificante, el lugar que todos rehuirían... y en el que ella se sentó encantada.

Gracias a la columna no vería a las personas sentadas en la zona presidencial, es decir, a Orla y Hamish.

Enseguida empezó a sentarse todo el mundo, incluso a su alrededor y sin hacer ninguna mención a ella. Como si fuera una silla.

Si, era el lugar perfecto.

Hasta que dejó de serlo.

—¡Fiona!

La voz enérgica de Orla le hizo dar un bote. Ella había intentado no quitarle ojo y habría jurado que no la había visto. Pero se había equivocado.

Levantó la mirada y la tenía a su lado, de pie, mirándola con una mezcla de censura y amabilidad, algo muy propio de ella:

—Haz el favor de levantarte y venir a sentarte a tu sitio.

Fue lo siguiente que dijo, cuando ya las miradas de todos los presentes estaban fijadas en ellas.

A pesar de que lo había dicho Hamish era cierto y todo aquello formaba parte de la estrategia de Orla, que contaba con que no se atreviera a hacer una escena delante de todos, Fiona estuvo a punto de montar un escándalo. Estaba harta de aquella mujer que había manejado su vida a su antojo sin contar con ella. No quería hacerle caso, solo quería largarse de allí. Pero entonces se dio cuenta de que Hamish estaba siguiendo todo desde la otra parte de la mesa. Más concretamente estaba mirándola a ella.

Y ocurrió lo de siempre: se tranquilizó.

Y pensó que no merecía la pena. Que la cena pasaría y entonces ella tendría oportunidad de escabullirse. Que enfrentarse a Orla no iba a hacer nada más que empeorar las cosas.

Así que se levantó de aquel lugar privilegiado y siguió a Orla, sin sonreírle, eso sí. No estaba dispuesta a concederle todo.

Tal y como había temido, Orla le había dejado reservado un sitio privilegiado en la gran mesa, en concreto, le había reservado el asiento que estaba entre ella y Hamish.

Era, por tanto, el lugar más importante.

Notó como todas las miradas se fijaban en ella y Orla tomó la palabra en alto y empeoró

todo.

—Bien, ya estamos todos a la mesa, Hamish al lado de su Fiona y vosotros con hambre.

Aquel “su” provocó que los pocos que no los estaban mirando, lo hicieran.

Por suerte, cuando Orla dijo la última palabra, un montón de criados entraron con bandejas llenas de maravillosos manjares y como el hambre era más fuerte que la curiosidad, enseguida los comensales se olvidaron de ella y se pusieron a comer. Y lo hicieron de la manera que debían hacer estas cosas los escoceses: de manera ruidosa y voraz.

No quedó ni una sola persona que se fijara en Fiona, para gran alivio de ella.

Hasta que se dio cuenta de que aquello no era cierto tampoco.

Sí había una persona fijándose en ella: Hamish.

—Lo mejor que podemos hacer es lo que hacen ellos.

Le dijo, acercando su boca al oído de ella y señalando al resto de comensales.

Por supuesto, sabía que estaba a su lado, sentado a su izquierda, pero había evitado mirarle hasta entonces.

Si los sentimientos hacia él ya le estaban complicando la vida desde que había llegado, la relación que habían empezado a mantener desde la tormenta, complicaba todo más. De repente, Hamish ya no era un bruto maleducado al que debía evitar, sino una persona con educación, que se preocupaba por ella y que de alguna manera, estaba en el mismo barco que ella: ambos luchaban contra los tejemanejes de Orla.

Sí, Hamish debía caerle bien, pero claro, aquello suponía darle la razón a Orla y también abrir una puerta a algo que no quería hacer.

Por eso lo estaba esquivando, pero, claro, no podía no responder .

—¿Qué quieres decir?

—Que deberíamos comer.

—No tengo mucha hambre —dijo ella, sincera, porque toda la situación le había cerrado el estómago.

—Entonces, bebe.

Le dijo Hamish, guiñándole un ojo y sirviendo en su copa un líquido ambarino que ella interpretó que era té.

En ese momento se fijó en que Orla McKenzie los estaba mirando, con una indisimulada sonrisa de satisfacción. Verlos hablar amigablemente era lo que ella quería, estaba saboreando su victoria.

Fiona sintió rabia y con esa rabia le dio a la bebida un sorbo mucho más profundo de lo normal. Se acabó, de hecho, casi todo el contenido de su copa.

E, inmediatamente después, lo vomitó sobre su plato.

—¿¡! Qué es esto!!?— le dijo a Hamish, con los ojos anegados en lágrimas y las mejillas rojas como reacción a lo que acababa de beber.

Hamish la estaba mirando, divertido.

—Es Whisky, Fiona. Me habías dejado impresionado con tu trago, al nivel de los más rudos escoceses —Y le señaló a los hombres a su alrededor que, efectivamente, bebían como acaba de hacerlo ella.

—No quiero alcohol, no he bebido nunca.

—Lo tengo en cuenta, Fiona, aunque lo último que has dicho no es cierto, acabas de beber —Dijo él, con ironía, antes de continuar, más serio—Haz lo que quieras, pero en media hora estaremos rodeados de borrachos, te aseguro que lo mejor que puedes hacer es entonarte un poco también, la cena pasará más rápido.

Y dio él un sorbo a su copa, aunque de manera mucho más comedida que los de alrededor.

Fiona se lo quedó mirando y luego a quienes le rodeaban. Y se dio cuenta de que Hamish tenía razón. Todo el mundo empezaba a estar borracho y sus comportamientos empezaban a alterarse. De hecho, había ya varias mujeres cuchicheando, señalándoles a ellos y echando carcajadas, sin ningún disimulo.

El alcohol, ella como científica lo sabía bien, deshinibía los comportamientos y eso significaba que más de uno les iba a molestar e iba a sacar a colación su futuro compromiso.

Seguro.

Fiona bufó para sí misma y decidió que bebería, pero muy poco. Lo suficiente para atontar un poco sus pensamientos y para que lo que ocurriera a su alrededor le importara un bledo. Lo suficiente para que la noche pasara rápido y llegara la mañana siguiente y la hora de su partida estuviera más cerca.

—De acuerdo, dame un poco —le dijo a Hamish, acercando su copa.

Bebería de manera científica, controlando la dosis para que le afectara lo justo sin perder los papeles.

Capítulo 47

—Fiona creo que es suficiente. Apenas has comido y con la cantidad que acabas de beber tendrás el efecto adecuado.

La voz de la cordura, de nuevo, del caballero que la protegía. Pero ella era adulta, era científica y, sobre todo, era dueña de su vida.

—Apenas he bebido, Hamish, dame una copa más. Tú has bebido tres.

Le respondió, levantando la barbilla, con autoridad.

—Yo estoy acostumbrado, además de que tengo un cuerpo grande y fuerte que aguanta más. No bebas más Fiona.

La mención a su cuerpo “grande y fuerte” no hizo más que alterar aún más a Fiona, eso y también que él le dijera lo que tenía que hacer, así que mirándolo fijamente, de manera provocativa, cogió ella misma la botella de whisky y se sirvió, hasta llenar su copa hasta el borde. Y, finalmente, sin quitarle la mirada a él, desafiante, la apuró. Ya no le sabía mal, al contrario, el sabor un poco acre y fuerte le infundían ánimo y fortaleza.

Además de que el efecto era mínimo. Hamish era un exagerado.

Y ella sabía lo que hacía.

Capítulo 48

Veinte minutos después Fiona continuaba con Hamish a su izquierda, pero ya no estaban sentados a la mesa. Habían salido del comedor y estaban en una zona alejada del jardín, entre dos grandes robles, sentados sobre la hierba.

Y Fiona solo decía una cosa:

—Estoy muy mareada.

Capítulo 49

Hamish la había sacado del comedor, no sin dificultad, ya que ella se había negado a hacerle caso, hasta que se había mareado de verdad. Ahora estaban los dos en los alrededores del jardín del castillo, en una zona que ella no conocía, apenas iluminada por la luz que una de las teas encendidas en los muros del castillo derramaba por el jardín.

Una zona que producía una sensación misteriosa, pero, sobre todo, íntima.

—¿Qué ha pasado?

Dijo finalmente Fiona, aún mareada, pero algo mejor gracias al frescor del jardín.

—Ha pasado que eres muy cabezota, que te dije que no bebieras tanto y no me hiciste caso y ahora estás sufriendo los efectos de tu decisión.

Le contestó él, con cara seria, pero un tono divertido en la voz.

Y Fiona recordó parte de lo que había pasado, recordó cómo había querido olvidarse de todo bebiendo un poco, cómo Hamish le había avisado de que era demasiado, cómo ella se había rebelado, diciéndole que sabía perfectamente lo que hacía y, finalmente, cómo se había mareado totalmente dándole la razón a Hamish.

No recordaba cómo había llegado a aquel lugar, pero supuso que Hamish la había sacado para que no hiciera el ridículo, así que prefirió no preguntárselo, no quería oír nada que la alterara más de lo que estaba.

La situación era un poco grotesca y, sobre todo, estaba sola con Hamish, algo que había querido evitar a toda costa.

—Bien, me voy a mi habitación —dijo entonces, levantándose de golpe. Quería alejarse de él lo antes posible, no porque le temiera, sino por todo lo contrario.

Pero le salió peor de lo esperado.

Sentada, aún tenía la sensación de que controlaba algo, pero al ponerse de pie de golpe, el mareo se multiplicó, todo empezó a darle vueltas, le dio la sensación de que no hacía pie, trastabilló y acabó cayendo.

Pero no acabó sobre el suelo, sino sobre Hamish, que lo único que pudo hacer fue cogerla entre sus brazos para que no se hiciera daño.

Volvían a estar abrazados, esa sensación que a ella le había afectado tanto y por un momento se sintió, de nuevo, en el paraíso.

Nada importaba, ni el mareo ni el ridículo que pudiera haber hecho, al menos ante Hamish, nada. La perfección era estar entre sus brazos.

Y estuvo a punto de rendirse. De acurrucarse más, de dejarse mecer por él y de quizá, hacer algo más...

Pero esta vez fue él quien paró todo.

Con cuidado, pero con firmeza, la apartó de su lado, se levantó y la ayudó a levantarse a ella, antes de decirle:

—Fiona, tienes que andar, es la única manera de que te vayas recuperando.

Como un médico eficiente, como un padre preocupado incluso, pero no como lo que en aquel momento Fiona necesitaba.

Y se decepcionó un poco.

Pero no dijo nada. Seguía manteniendo una lucha interna entre lo que su cuerpo le pedía y lo que debía hacer. El alcohol en su sangre había apagado su razonamiento en favor de sus instintos, pero, aún así, ganó la razón, fundamentalmente porque Hamish también la estaba representando .

Empezaron ambos a andar con Hamish tomando la iniciativa y ella siguiendo sus pasos, completamente pegados.

Él le había pasado un brazo por su cintura, para mantenerla firme y evitar que se trastabillara de nuevo. A pesar de que estaba muy oscuro, las luces del castillo alumbraban lo

suficiente para que él supiera por dónde iba. Y ella tan solo debía dejarse llevar. Algo que hizo sin ninguna dificultad.

También, para evitar que la situación fuera tensa, él comenzó a hablarle.

—Al mover el cuerpo, el alcohol que has ingerido se irá evaporando y poco a poco te sentirás mejor. O más dueña de ti misma.

Ahora era Hamish el que parecía un científico y eso le picó a Fiona:

—Se perfectamente lo que le ha ocurrido a mi cuerpo y lo que estás diciendo que ocurre al moverme, soy boticaria.

Le respondió ella, intentando mantener la dignidad, levantando la barbilla orgullosa. Pero al final de la frase, al pronunciar boticaria, la erre le salió extraña, dando clara muestra de que continuaba afectada por el alcohol.

Hamish la miró fijamente y puso una sonrisa divertida.

—Si, veo que sabes perfectamente lo que haces, señorita “boticaggria”.

Le dijo, sin poder evitar la pequeña maldad y soltando una carcajada después de que ella le mirara con fuego en los ojos.

Y ella le dio un golpe en el hombro con bastante fuerza. Nada que a él le hiciera daño, pero sí como señal de que estaba a disgusto con lo que acababa de decir.

Y él soltó otra carcajada.

Y, sorprendentemente, ella le siguió.

Era la primera vez que se comportaban con tanta complicidad evidente.

Era muy agradable, como si fueran amigos.

Amigos íntimos...

—¿He hecho mucho el ridículo?

La respuesta a esa pregunta le torturaba desde que había llegado al jardín. La complicidad que acababa de sentir le hizo animarse a preguntarle.

Él entendió perfectamente a qué se refería ella:

—Claro que no, Fiona, nadie se ha enterado de nada. Solo yo, porque te empiezo a

conocer. Y te he sacado del comedor para evitar precisamente que hicieras alguna tontería de la que te arrepentirías luego. Sobre todo, teniendo en cuenta que mi madre iba a aprovechar cualquier cosa.

Ahí estaba de nuevo aquel hombre que ella había tildado de salvaje en un principio, comportándose como un perfecto caballero con ella.

Si hubiera seguido lo que sus instintos le pedían en ese momento, le habría dado un beso, uno casto e inocente, en la mejilla. Pero no, no lo iba a hacer, porque, además, ¿seguro que iba a ser inocente?

—¿Qué ha sido eso?

Fiona se paró de golpe y miró a Hamish, tensa.

—No he oído nada, pero vamos por aquí. Le contestó él, serio y un poco tenso también, lo cual no ayudó a que ella se tranquilizara.

—Sí, ha habido algo, como un susurro, pero extraño.

—Olvidalo Fiona, vamos por aquí... —empezó el pero, de repente, se calló ya que una risa femenina, clara y cantarina, cortó el silencio de la noche y acabó en un gemido... Y luego vino una voz masculina, gutural.

—¿Qué es eso? — le dijo Fiona a Hamish, en un susurro, sabiendo que él ya no podía obviar lo que se acababa de escuchar —Ha sido muy perturbador... —Continuó, hasta que, de repente, se llevó la mano a la boca: ¡había entendido!

—Es una pareja dejándose llevar por el deseo, al amparo de la luna y el bosque —dijo él, con la voz un poco ronca, poniendo en palabras lo que ella había adivinado —Por aquí nos alejamos de ellos, dejémosle disfrutar en paz.

Fiona se dejó llevar, pero lo que acababa de pasar, lo que habían escuchado, había cambiado de nuevo la energía entre ambos.

Ya no solo había tranquilidad, que se mantenía. Ya no solo había sensación de complicidad, que la había. Ya no solo había atracción hacia él, que la había. Un nuevo sentimiento se hizo presente e hizo que Fiona se parara de golpe, de lo intenso que estaba siendo.

Ya no podía dar un paso más, tenía que sacar aquello de sí misma.

—Hamish....

Dijo tan solo.

Pero su voz sonó como nunca. Sonó como la energía que de repente les rodeaba: una energía dulce, densa e intensa, que hacía difícil hablar.

La misma energía que desprendían las voces de la pareja que habían dejado atrás.

—Hamish —repitió ella, al ver que él no le respondía, aunque se había parado frente a ella y la miraba de manera indescifrable —bésame —Y, por si fuera poco, añadió, como una súplica —por favor.

Capítulo 50

Todo se detuvo: el aire, el sonido de los animales nocturnos, sus pasos, todo menos sus corazones. El suyo, por supuesto, pero juraría que el de Hamish también batía con fuerza.

Y Fiona, envalentonada por las gotas de alcohol que aún corrían por sus venas, hizo lo que Hamish no se estaba atreviendo a hacer, se puso de puntillas y lo besó.

Aunque fue un gesto rápido e inesperado, lo besó con cuidado, levemente, con miedo a estropear algo, pero en cuanto sus labios entraron en contacto, la sensación fue tan dulce y electrizante a la vez, que perdió el miedo y solo quiso más.

Y lo tomó.

Los labios de Hamish encajaban en los suyos como si estuvieran hechos unos para los otros, como si fueran la mitad que le faltaba al otro. Eran dulces y fuertes al mismo tiempo. Eran suaves y excitantes. Eran lo que necesitaba.

Fiona movió sus labios sobre los de él, dándole pequeños besos, posándose como si fuera una mariposa delicada y sintiendo una plenitud y una emoción inmensas que le hicieron soltar un gemido, leve, pero muy excitante.

Y ese sonido, o quizá aquellos besos como lluvia dulce, terminaron de convencer a Hamish, que, hasta el momento, se había quedado quieto, tan solo dejándose hacer.

—Fiona.

Dijo él, con su voz grave tomada por la emoción, y ella respondió:

—Hamish.

Y entonces se terminaron de fundir uno en la otra, se abrazaron, como lo habían hecho antes, pero ahora de manera más profunda y, sobre todo, con deseo infinito.

Sus nombres volvieron a sonar en la oscuridad de la noche con la voz del otro, cada vez con más emoción, cada vez cargados de más energía.

Fiona sabía a qué olía Hamish, había estado pegada a él bajo una tormenta, pero ahora quería que ese olor pasase a su piel también. Lo necesitaba, necesitaba ser parte de él. Por eso, mientras lo besaba, pegaba su cuerpo entero al de él, como queriendo introducirse dentro.

Notó los músculos de acero de él, sus brazos, que tocó mientras lo besaba, su pecho, que también tocó con sus manos ávidas. Y notó los músculos de sus piernas pegados a las de ella, a pesar de la ropa que los separaba. Y volvió a sentir aquella seguridad infinita que le daba Hamish, pero con algo más. Sintió que quería más, que quería tenerlo entero.

Y este solo pensamiento le hizo gemir.

E ir a buscar lo que ya no solo deseaba, sino necesitaba.

Sin dejar de besar sus labios, su cara y su cuello, Fiona se centró en la camisa de Hamish: quería quitársela, tenía que quitársela.

Hamish la llevaba con algunos botones abiertos, lo que le había permitido a ella besarlos en el inicio de su pecho, pero ahora necesitaba quitársela del todo,

Y lo consiguió, desató todos los botones en un tiempo increíble y le quitó la camisa, dejando a la vista el torso desnudo.

Y un nuevo gemido, de triunfo, pero también de urgencia, salió de su garganta. Un gemido que él paró acercando sus labios a los de ella y besándola, ahora con la boca totalmente abierta, de modo que sus lenguas se juntaron.

¿Qué era aquello? Era el paraíso, mucho más de lo que había imaginado.

La boca experta de Hamish, su torso desnudo, fuerte y suave al mismo tiempo, pegado a ella, sus manos acariciando su espalda...

El bulto bajo el kilt que ella notaba pegado contra su cuerpo.

Porque sí, había un bulto y ella sabía lo que era y quería más.

Quería sentirlo dentro de ella.

Iba a ser tan fácil además, Ella sabía que los hombre escoceses no llevaban nada debajo

de sus kilts. Ella llevaba tan solo una fina enagua, que se quitaría rápidamente.

Solo tendría que levantar su falda y él su kilt, y conseguiría lo que necesitaba.

Si, lo iba a hacer.

Ya.

Pero antes quería algo más.

Quería sentir los labios de Hamish sobre su pecho, como estaba haciendo ella con el de él.

Así que, con la misma rapidez con que le había despojado de la camisa a él, ella se desabotonó el corpiño y la camisa que llevaba debajo y los apartó de su cuerpo, quedando totalmente desnuda de cintura para arriba.

En ese momento todo se detuvo, pero de verdad.

Hamish se apartó de ella un poco, lo suficiente para mirarla, y ella dejó de acariciarlo y besarlo.

Volvería a hacerlo de nuevo enseguida, cuando él la tocara a ella de nuevo.

Aquello aumentaba el deseo, se dio cuenta Fiona y era una tortura deliciosa.

Los ojos de Hamish estaban fijos en los pechos de ella y transmitían tanto deseo, como el que sentía ella.

Pero Hamish no se movía.

—Bésalo.

Dijo finalmente Fiona, poniendo en palabras lo que más deseaba en ese momento: que Hamish besara el pezón izquierdo que él no podía dejar de mirar. Y no solo lo dijo, sino que se acercó a él y se puso de puntillas, quedandose a milímetros de la piel del pecho de él.

Él solo tenía que agachar la cabeza y coger aquel pezón entre sus labios, y ella solo tenía que derretirse después, y derramarse en placer.

Pero no ocurrió lo esperado.

Hamish no se agachó.

Ni siquiera dejó que ella acercara el pecho a su piel, porque dio dos pasos, pero hacia

atrás.

Alejándose de ella.

Fiona sintió frío, no solo el que el espacio agrandado entre los dos habría traído, sino un frío interior, mucho peor aún.

¿Qué estaba pasando?

—Hamish...

Dijo tan solo, pero ahora no con deseo, sino con aprensión y miedo.

—Fiona, no puedo hacerlo, has bebido, no está bien.

Ah, era eso: Hamish, el salvaje que siempre, siempre, se comportaba como un caballero.

La explosión de alegría que sintió le hizo dar un paso adelante, pero aún no cerró el espacio abierto, se dispuso a contestarle.

—Hamish, estoy bien, no te preocupes, el paseo me ha hecho bien, ya no tengo alcohol en mis venas, sé lo que hago, quiero seguir.

Con seguridad, porque en ese momento no había nada que tuviera más claro.

Pero él seguía sin moverse. Sin hablar. Serio. Distante.

—Y si lo que te preocupa es el compromiso que puedas coger conmigo por esto, tranquilízate. Es solo deseo. Va a ser solo sexo. Una vez. No se lo diremos a nadie. Tu madre no se va a salir con la suya.

Estaba claro que eso era todo lo que le preocupaba a él. Pero no tenía nada que temer. Hamish le atraía de una forma animal, pero por nada en el mundo pensaba casarse con él ni, mucho menos, hacer que la manipuladora de Orla McKenzie se saliera con la suya. Iba a ser solo sexo, como le había dicho ella a él.

De repente, había visto clara la solución a lo que le traía de cabeza desde que había llegado. Era la situación perfecta, ella conocería lo que nunca pensó que iba a conocer, el sexo, y, de aquella manera, se sacaría a aquel hombre de su cabeza como obsesión. Orla McKenzie no se saldría con la suya y Hamish..., ningún hombre rechazaba una ocasión de tener sexo sin compromiso, con cualquiera.

Pero Hamish no estaba reaccionado, seguía serio, mirándola, distante.

Y ella decidió actuar, como ya le había salido bien antes: se acercó a él y acercó sus labios a los de él, mientras se disponía a pegar su pezón a su pecho

Pero no consiguió nada de aquello, en su lugar, se topó con un muro.

No era un muro, era la mano de él, que había detenido su avance.

La mano colocada en el centro de su esternón, la zona menos comprometida de todas.

Ella se paró y le apartó la mano.

—¿Qué pasa Hamish?

—No podemos hacerlo

—¿Por qué ? Ya te he dicho que...

—No te deseo.

—¿Qué?

—Que no te deseo, Fiona.

Capítulo 51

Correr.

Correr mientras intentaba taparse los pechos, mientras las lágrimas inundaban sus ojos, mientras la vergüenza la llenaba entera.

Vergüenza, vergüenza, vergüenza.

Capítulo 52

Le despertó un ruido insoportable, enorme, como si estuviera metida en el fragor de una batalla. O en medio de una mina en el momento de los derribos.

O ambas cosas.

La luz del sol, además, entraba por la ventana con toda su potencia, haciendo el momento más desagradable aún.

Poco a poco se fue situando y se dio cuenta de que ni el ruido ni la luz eran para tanto.

El problema era ella.

La noche anterior había llegado alterada a su habitación, corriendo para huir de la vergüenza. Se había desplomado sobre la cama y, por suerte, había tardado poco en caer dormida. Pero ahora, recién despertada, todo lo que había ocurrido le vino de golpe.

Junto con la luz del día y junto con el ruido exterior, que anunciaba que los juegos de las Highlands que se iban a realizar en el castillo McKenzie estaban a punto de comenzar.

El ruido que le había parecido ensordecedor nada más despertarse, lo producían tan solo voces y alguna gaita lejana. Todos los hombres estaban preparándose para las pruebas que iban a empezar en breve.

Unos juegos a los que ella no quería asistir, por nada del mundo, pero de los que seguramente no podría librarse.

Tendría que volver a ver a Hamish, algo que le torturaba.

Hamish, el hombre con el que se había comportado como una desvergonzada, pensando que él sentía lo mismo que ella. Y el hombre que la había despreciado de una manera inimaginable.

¿Por qué se había comportado así con él? La pregunta le estaba machacando el cerebro, igual que el dolor pulsátil producido por la resaca.

Y en su malestar estaba la respuesta. Se había comportado así porque había bebido demasiado whisky... Bueno, no solo por eso, también porque Hamish le ataría, el alcohol lo único que había hecho era deshinibirla.

Tenía claro el diagnóstico y también la receta: no volvería a beber alcohol en su vida.

Pero lo hecho estaba hecho y ahora tenía que apechugar con el día que tenía por delante.

Y aquello le torturaba más que el propio dolor de cabeza.

Sin ser capaz de levantarse aún, le volvían a la memoria una y otra vez los hechos ocurridos el día anterior.

Los hechos eran lo que ella había hecho. Y lo que él, no.

Porque eso era lo peor.

Ella se había abalanzado a sus brazos, y lo había besado, y lo había acariciado . Ella le había quitado la camisa, y había tocado su piel. Ella se había pegado a él, y había notado su masculinidad. Ella se había desnudado y se había ofrecido a él sin palabras.

Y, finalmente, lo había hecho con palabras.

Durante toda la escena, ella había estado segura de que él le correspondía, que él respondía a sus besos, a sus caricias, que él la miraba con el mismo deseo que sentía ella.

Pero no había sido así.

Ahora, en su habitación, se daba cuenta de que él tan solo se había dejado hacer , que no había dado un solo paso. Que no la había besado, sino, simplemente, se había dejado besar.

Se dio cuenta de que la frase demoledora que le había soltado al final no era más que la explicación de lo que había ocurrido en realidad: él no la deseaba.

En absoluto.

No la había apartado de sí porque era un caballero, pero cuando ella se había ofrecido del todo, no había tenido más remedio que decir la verdad.

Él se había comportado con decencia y educación y la racional Fiona no sólo había sido una casquivana dejándose llevar por los instintos más bajos, sino que había quedado en el más absoluto ridículo.

No podía volver a enfrentarse a él, tenía que pensar cómo escapar de lo que iba a venir.

Pero justo en ese momento, la puerta se abrió y la alegre Penny cortó todos sus planes de golpe:

—Lady Kerr, ¿aún sin vestirse? Están todos esperándole.

Capítulo 53

No tenía fuerzas para rebelarse, ni siquiera ante la criada, así que se dejó hacer, y menos de media hora después estaba en el exterior del castillo, sentada junto a Orla Mckenzie y un montón de mujeres más, todas dispuestas a disfrutar de los juegos.

Todas menos ella.

Aquel día, además, hacía un sol radiante, lo cual hacía aún más penoso su dolor de cabeza, ya que el sol en sus ojos era como una maza.

Pero lo peor estaba por venir, bien lo sabía ella.

Para empezar, Orla Mckenzie, tan melosa como siempre, intentó sacarle información sobre lo ocurrido la noche anterior:

—¿Dónde os metisteis tú y Hamish ayer?

Le dijo con sonrisa pícara.

—Me encontraba mal y me acompañó, yo fui a mi habitación y después no tengo ni idea de lo que él hizo.

No había mentido, tan solo había hecho un resumen de lo ocurrido ocultando información. Se lo dijo imitando el tono de ella, amable, pero distante, muy distante.

Y, por primera vez desde que la conocía, Orla no insistió. Debió notar algo que le hizo no seguir preguntando.

—Mira Hamish, va a ganar.

Claro, que no pudo evitar llamarle la atención para que viera a su hijo, algo que, por otra parte, ella ya había hecho.

Cómo no verlo.

Habían salido todos los hombres que iban a participar, con sus kilts de colores diferentes y sus cuerpos perfectos, una colección de los mejores varones de la zona, entre los que destacaba, sin duda, Hamish.

Era de los más altos, era el que tenía los hombros más anchos, los brazos más musculosos, la mirada más fiera.

Era el más atractivo de todos.

O quizá no. Quizá era uno de ellos. Siempre podía haber alguien algo más alto, o más musculado, pero para Fiona Hamish era, sin duda, el mejor.

Pero no quería mirarle. Verlo allí, en todo su esplendor, no hacía más que recordar el ridículo del día anterior y sentirse aún más avergonzada y poca cosa.

Y ese fue el conflicto en el que se fue debatiendo todo el día.

Los juegos eran entretenidos y Hamish tuvo mucho protagonismo, ganando varias de sus pruebas y en otras, quedando siempre en un buen lugar, pero ella se pasó todo el tiempo intentando no mirarle.

Algo que no consiguió a veces, porque Hamish seguía atrayéndole.

Así que, a pesar de que se obligó a no mirarle, a veces, lo hizo. Y alguna de esas veces sus ojos coincidieron con los de él.

No, alguna de las veces, no, siempre.

Estaba claro que Hamish sí la buscaba con la mirada.

¿Por qué estaba haciendo eso? ¿No había tenido suficiente con la humillación del día anterior? Además, cada vez que sus miradas coincidían, no veía en la mirada de Hamish desprecio, ni indiferencia, veía simpatía, interés...

¿Qué estaba pasando?

Por suerte, la tortura acabó terminando. A media tarde se dio por terminado el espectáculo de los juegos y, tras el reparto de trofeos, se dio paso a la fiesta final.

Lo cierto es que fiesta había habido todo el rato. Los juegos habían estado amenizados con el constante sonido de las gaitas, y por doquier había repartidas mesas con

viandas y bebidas, tanto para los jugadores como para el público.

Pero una vez terminada la parte deportiva, ya solo quedó la música. Y la comida. Y la bebida.

Y Fiona ya no estaba dispuesta a pasar por ahí. Bastante había tenido el día anterior. Se iba y esta vez nadie se lo iba a impedir.

Se levantó de golpe y se dirigió hacia el castillo y ocurrió lo inesperado.

Había imaginado que Orla intentaría detenerla, o que aparecería de nuevo alguien como la criada, con instrucciones para retenerla. Sin embargo, nadie se fijó en lo que hacía. Nadie se fijó en ella.

Era como si toda la atención que había recibido desde que había llegado se diluyera de repente.

Lo cierto era que todo el mundo estaba animado y entretenido: los ganadores, celebrándolo con sus familiares y amigos, los perdedores, intentando olvidar lo ocurrido bebiendo whisky, y las dos personas que más le preocupaban a ella: Orla y Hamish, manteniendo una conversación apartados y sin fijarse en ella.

No podía haber tomado su determinación en mejor momento, se dio cuenta, y aprovechó la ocasión y se dirigió al castillo, con intención de desaparecer.

Capítulo 54

El castillo también estaba extrañamente silencioso, pero aquello entraba dentro de lo normal, todos los criados estaban afanados en el exterior, agasajando a los invitados.

Cuando Fiona llegó a su habitación, soltó un suspiro de alivio: con un poco de suerte, la dejarían en paz en lo que quedaba del día.

Y al día siguiente hablaría seriamente con Orla y le diría que se iba. Los juegos ya habían terminado, ya no había ni un tipo de excusa para retenerla allí. Pero si lo hacía, le pediría ayuda a Hamish.

Se moría de vergüenza por volver a hablar con él, pero estaba segura de que él le ayudaría a marcharse. Esta vez, sí.

Se sentó sobre la cama y se llevó la mano a la cabeza: había dejado de doler.

Sí, las cosas empezaban a recomponerse.

Cuando estuviera de vuelta en Towerhill no iba a olvidar lo ocurrido, jamás podría olvidar a Hamish, de eso estaba segura, pero al menos habría suficiente distancia para que todo, tanto la enorme atracción que sentía por él, como la vergüenza por haber sido rechazada, tomarían una dimensión más manejable,

Volvería a sus plantas y sus soluciones químicas.

Volvería a ser ella.

Y una sonrisa tímida asomó a su cara justo en el momento en el que la puerta sonó.

Capítulo 55

Se puso rígida un momento y la sonrisa se desvaneció: no le habían dejado tranquila, había sido una ingenua al pensarlo,.

Seguro que detrás de aquella llamada estaba Orla, seguro que le mandaba a Penny a buscarla o con cualquier otro tejemaneje.

Pero ella ya no iba a consentirlo, así que abrió la puerta con energía y, sobre todo, enfadada, muy enfadada.

—¡No pienso...!

Había empezado la frase antes de ver a quién había llamado, pero la frase quedó paralizada sin terminar cuando vio quién estaba al otro lado.

Con ropa limpia y aspecto de haberse aseado, Hamish la miraba con su ceja levantada.

—¿No piensas qué, Fiona? —le dijo, con expresión curiosa.

—Hamish... ¿Qué haces aquí?

No supo de dónde, sacó fuerzas y fue capaz de responder con firmeza.

Sí, había hecho el ridículo con él, sí, él le había rechazado, pero no pensaba permitirle dañarla más. Ya podía contestar rápido, porque, si no, pensaba cerrarle la puerta en las narices. Estaba harta de los McKenzies.

Hamish se dio cuenta de que no tenía tiempo que perder y le respondió lo que había ido a contarle.

—He estado hablando con mi madre.

—Ah, enhorabuena —respondió ella, sarcástica y totalmente envalentonada.

—Le he dicho que te deje en paz. Que se acabó, que sus trucos ya se han agotado. Que te deje marchar cuando quieras.

Fiona abrió la boca, pero en un principio no contestó. Aquello, de alguna manera, también le sacaba de quicio. Prefería cuando había pensado que era un bruto. Ahora era un caballero. Uno que le despreciaba como mujer.

—Bien, gracias, en cualquier caso, me voy mañana, con el beneplácito de tu madre o sin él.

Le contestó, fría. Y, después, le cerró la puerta en las narices.

Capítulo 56

Al otro lado de la puerta, ya sin verle, Fiona respiró agitadamente varias veces hasta conseguir tranquilizarse poco a poco.

Lo que acababa de hacer le resarcía un poco de lo ocurrido el día anterior. No era lo mismo que le había hecho él, pero, al menos, la última palabra la había tenido ella.

O, mejor dicho, el último portazo.

Pero claro, Hamish no era de los que se iba a quedar así. Y volvió a tocar la puerta.

Primero suave, luego, al ver que ella no abría, insistentemente y sin parar.

Hasta que ella no tuvo más remedio que volver a abrir.

Y ambos hablaron a la vez.

—¡Hamish, déjame en paz! Dijo ella, casi gritando.

—¿Se puede saber qué te pasa? —dijo él, también en voz alta.

Después de un momento de silencio, volvió a hablar ella.

De repente, fue como si una presa se rompiera y todo el agua que llevaba tiempo embalsada, se derramara, sin control.

El agua eran sus sentimientos y su rabia.

—¡¿Qué me pasa? ¿Qué me pasa?!! Tú y tu madre no habéis hecho más que manipularme y obligarme a hacer cosas que no quería hacer. Y al final, todo, para que tú quedes como un caballero. Pues debes saber que no lo eres, en absoluto, ¡¡¡no eres un caballero!!!

Hamish puso un gesto de asombro, pero enseguida se puso serio y dio la sensación de que entendía.

—Tienes razón, Fiona —le dijo —pero te aseguro que todo lo que he hecho, desde el principio, ha sido para intentar protegerte.

—¿Protegerme? ¿Cómo? ¿Humillándome?

Nada más soltarlo se arrepintió. Aquello le iba a hacer aún más débil ante él. Pero ya todo le daba igual, era difícil caer más bajo de lo que había caído el día anterior, así que se mantuvo digna, mirándolo.

—¿Humillarte? No entiendo..., es justo lo contrario lo que he intentado.

—Ayer me despreciaste. Entiendo que no te guste, Hamish, pero fue muy humillante.

—Pero, Fiona, habías bebido, un caballero jamás se aprovecha de una mujer en esas circunstancias.

—Te dije que me daba igual.

—Me lo dijiste alterada por el alcohol, no es válido.

—Podías haberte negado sin necesidad de decir que no me deseabas. Pero claro, por una vez, preferiste humillarme y decirme la verdad.

Acababa de ponerle en bandeja la opción de despreciarla de nuevo. Lo más seguro era que él le volviera a decir que no la deseaba, pero no le iba a dar esa oportunidad.

Terminó su frase y volvió a cerrarle la puerta en las narices. Esta vez con más fuerza.

Capítulo 57

Nada más cerrar la puerta deseó que él volviera a llamar.

Pero Hamish no lo hizo.

Esta vez, él no lo hizo.

Capítulo 58

Al menos los siguientes diez minutos. Pero luego, aunque de manera suave, Fiona creyó escuchar algo.

¿Una tos?

¿Una respiración más alta de lo normal?

Serían imaginaciones tuyas.

Pero entonces, la puerta, de nuevo, sonó.

De manera breve pero firme.

Y Fiona abrió y al otro lado estaba Hamish, que solo dijo una frase:

—Fiona, te mentí: nunca en mi vida he deseado a nadie tanto como a ti.

Capítulo 59

—No te muevas

La voz de Hamish estaba cargada de deseo y también de autoridad. Una combinación irresistible para Fiona

—Necesito moverme —respondió ella, con voz susurrante, casi un gemido.

—Lo sé, mi amor, lo sé, pero no te muevas.

Volvió a decir él. Y ella obedeció, aunque eso le supuso el sufrimiento más placentero de su vida.

Todo había sido lento y suave. Sus primeros besos, de pie, nada más bajarse del caballo. El desprenderse de sus ropas, muy poco a poco, a veces por ellos mismos, a veces por la mano del otro, hasta quedar totalmente desnudos.

Las primeras caricias sobre la piel, ella, en el pecho de él, él, en la cintura de ella. Y luego, poco a poco, palpando toda la piel y aumentando los besos.

Y los suspiros.

La excitación creciente, aunque pareciera imposible sentir más. El deseo aumentado, aunque pareciera imposible desearse más.

Pero todo despacio y con calma. Como si tuvieran todo el tiempo del mundo para ellos.

Como tenían.

Y Hamish besó el pezón de Fiona y ella sintió que entraba en el paraíso. Pero aún le quedaba mucho por disfrutar.

Después de besarse y acariciarse por entero, sacando gemidos de placer profundo

uno al otro, Hamish la cogió entre sus brazos, la alzó y luego la posó sobre la manta de lana que habían transportado con su poco equipaje. Sentir la mullida lana en su espalda fue delicioso, pero más aún notar el cuerpo de Hamish sobre el suyo.

El se puso sobre ella, sin dejar de besarla y acariciarla, hasta que ella se volvió loca de deseo y le pidió más. Ya no le bastaba con sus manos y dedos expertos, necesitaba sentir a Hamish en toda su plenitud dentro de ella.

Y así se lo pidió.

Pero Hamish no tenía prisa, y convirtió el placer en una agonía deliciosa, siguió acariciándola en el centro de su cuerpo, haciendo círculos con sus dedos expertos sobre su clítoris, llevándola casi al éxtasis total, pero parando cuando parecía que ella iba a explotar.

—No puedo más, Hamish, no puedo más..., le dijo ella muchas veces, cuando él paraba, pero él estaba disfrutando torturándola de aquella manera.

Hasta que ella decidió atacar con las mismas armas y cogió el miembro de él entre sus manos.

Fue la sensación más desconcertante y maravillosa que había tenido nunca. Había esperado algo duro, rígido, casi frío, y en su lugar se encontró con algo firme, sí, pero también suave y cálido. Una delicia que solo deseaba acariciar, moviéndolo hacia arriba y hacia abajo.

Él soltó un gemido de sorpresa y placer, muestra de que ella había utilizado las armas correctas, y entonces fue él el que suplicó:

—Para Fiona, por favor, no voy a poder aguantar.

Y ella, disfrutando del momento, dijo:

—No voy a parar a no ser que me des lo que me corresponde.

Y entonces él claudicó y, finalmente, se dispuso a penetrarla.

Fiona lo supo porque él se paró un momento y la miró emocionado.

Y ella se emocionó también.

Hamish lo hizo muy lentamente, tan despacio, que ella no sintió ningún dolor, solo

placer, a medida que su miembro la iba llenando entera, relleno el hueco de su cuerpo que parecía haber estado siempre esperándole.

Bueno, al final sí sintió algo de dolor. Él era muy grande, ella, a pesar de estar muy mojada, era estrecha.

Soltó un gemido, suave, apenas audible.

Y por eso, él se paró.

El dolor, agudo, fue tan solo un instante, en segunda, al sentirle a él totalmente dentro de ella, el dolor fue cambiando a placer. Un placer intenso, pero también asociado a una necesidad más intensa.

La de moverse.

Necesitaba moverse.

Y se lo pidió.

Y él le volvió a negar el final que ella anhelaba.

Se lo negó a él también, porque también necesitaba moverse dentro de ella, pero él era experto y sabía que la espera no hacía más que aumentar el placer.

—Aguanta un poco más, mi amor.

Le dijo él al oído, y al hacerlo se movió un poco, poquísimo, lo justo para que ella casi explotara.

Pero aún no...

👉 👉

Era su noche de bodas.

Sí, Fiona y Hamish se habían casado esa misma mañana y ahora pasaban la noche de bodas bajo las estrellas, sobre una mullida manta, en el mismo lugar en el que habían pasado abrazados una tormenta.

Ahora las estrellas lucían sobre sus cabezas, el aire era suave y tibio y ellos eran

más felices de lo que habían imaginado nunca. Estaban explorando el camino del placer juntos, un camino que no había hecho más que empezar, y que iba a ser cada vez más ancho e intenso.

Pero no había sido fácil llegar a ese momento.

Habían pasado dos días desde que Hamish le había confesado finalmente que él también la deseaba, y que le había mentido la noche anterior la noche por protegerla.

Pero a ella aquella explicación no le había parecido suficiente y se había negado escucharle más y le había cerrado, de nuevo, la puerta en las narices.

Luego se había preparado, se había enfrentado a Orla Mckenzie y había salido rumbo a Inverness, en donde pensaba tomar un coche de caballos que le llevara de vuelta a casa.

Triste y rota por dentro, pero a casa.

Pero al día siguiente, Hamish había aparecido en el hostel donde se alojaba y le había pedido que le escuchara.

Y esta vez le había dicho la verdad.

Que la había rechazado porque tenía miedo.

Miedo a necesitarla demasiado.

Miedo de que ella desapareciera de su vida.

Miedo de echarla de menos siempre.

Ella se había negado a creerle al principio, pero, finalmente, había caído en sus brazos.

Diez minutos.

Luego se había dado cuenta de que casarse con Hamish significaba tener a Orla McKenzie como suegra. Y de que ella no quería dejar su trabajo en la botica, por mucho que lo amara. ¡Por eso no había querido un hombre a su lado nunca!

Eso había llevado a varios desencuentros y enfados entre ellos, pero, finalmente, había ganado el amor.

Hamish le había enviado una carta a su madre diciéndole que había conseguido lo que quería: se iban a casar, pero que él se marchaba con Fiona.

Y lo hicieron.

Se casaron y decidieron pasar su luna de miel en el lugar en el que ambos habían sabido que estaban hechos el uno para el otro.

Lo que iba a venir a continuación no iba a ser fácil. Ambos tenían carácter.

Y no iba a ser fácil para Hamish, un escocés criado en los páramos interminables del norte, adaptarse a la vida tranquila de Fiona en su pueblecito.

Pero lo conseguirían.

Él iría a menudo a Escocia, a llevar sus asuntos allí, a estar con Orla, que, por muy intrusiva que fuera, era su madre.

Ella seguiría en su botica, con sus experimentos.

Y, sobre todo, superarían todas las dificultades, porque el amor es más grande que ellas.

Epílogo

—Voy a moverme.

No era una petición de permiso, sino un hecho, ya que nada más decirlo, lo hizo.

Fiona alzó sus caderas, para que la penetración fuera aún más profunda y el no pudo hacer nada para escapar de aquello.

Ni quiso.

Habían prolongado el deseo y la tortura hasta lo indecible, pero ahora debían terminar ya, explotar.

De placer.

Y lo hicieron, al mismo tiempo, después de unos breves movimientos ascendentes y descendentes.

Muy pocos, porque ni uno de los dos podía más.

El grito de placer de ambos rompió el silencio de la noche, mientras una estrella fugaz recorría el cielo sobre sus cabezas.

Y ambos supieron que sí: superarían todas las dificultades, porque el amor, siempre, siempre, es más grande que ellas.

FIN

Querida lectora, espero que hayas disfrutado con la historia de Fiona y Hamish.

Si quieres seguir leyendo novelas de romance histórico más, tengo publicadas cuatro sagas: **“Los Cornwall”**, cuya primera novela puedes encontrar aquí: [“No necesito un vizconde”](#). **“Las Arlington”**, cuya primera novela es [“Duelo de seducción”](#), la serie **“Solteronas”**, cuya primera novela es [“Un marqués para una solterona”](#) y la saga **“Damas Indómitas”** cuya próxima novela ya en preventa, es [“La luna y el Duque”](#).

El resto de mis publicaciones y novedades las tienes en mi [página personal de Amazon](#).

Olympia 🍷